



**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES**

**Centro de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Psicología**

Prácticas parentales y su relación con la conducta agresiva en adolescentes

**Tesis que presenta
César Conrado Doumerc Pompa**

**Para optar por el grado de
Maestro en Investigación en Psicología**

Tutor:

Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera

Integrantes del comité tutorial:

Dra. Kalina Isela Martínez Martínez

Dr. Nehemías Cuamba Osorio

Aguascalientes, Ags., a 13 de noviembre del 2020



MTRA. MARÍA ZAPOPAN TEJEDA CALDERA
DECANO (A) DEL CENTRO DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

PRESENTE

Por medio del presente como **Miembros del Comité Tutorial** designado del estudiante **CÉSAR CONRADO DOUMERC POMPA** con ID **260687** quien realizó la tesis titulada: **PRÁCTICAS PARENTALES Y SU RELACIÓN CON LA CONDUCTA AGRESIVA EN ADOLESCENTES**, un trabajo propio, innovador, relevante e inédito y con fundamento en el Artículo 175, Apartado II del Reglamento General de Docencia damos nuestro consentimiento de que la versión final del documento ha sido revisada y las correcciones se han incorporado apropiadamente, por lo que nos permitimos emitir el **VOTO APROBATORIO**, para que él pueda proceder a imprimirla así como continuar con el procedimiento administrativo para la obtención del grado.

Ponemos lo anterior a su digna consideración y sin otro particular por el momento, le enviamos un cordial saludo.

ATENTAMENTE
"Se Lumen Proferre"

Aguascalientes, Ags., a 13 de noviembre de 2020.

Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera
Tutor de tesis

Dra. Kalina Isela Martínez Martínez
Asesora de tesis

Dr. Nehemías Cuamba Osorio
Asesor de tesis

c.c.p.- Interesado
c.c.p.- Secretaría Técnica del Programa de Posgrado



DICTAMEN DE LIBERACIÓN ACADÉMICA PARA INICIAR LOS TRÁMITES DEL EXAMEN DE GRADO



Fecha de dictaminación dd/mm/aaaa: 18/11/2020

NOMBRE: César Conrado Doumerc Pompa **ID** 260687

PROGRAMA: Maestría en Investigación en Psicología **LGAC (del posgrado):** Desarrollo Psicológico

TIPO DE TRABAJO: () Tesis () Trabajo Práctico

TITULO: Prácticas parentales y su relación con la conducta agresiva en adolescentes

IMPACTO SOCIAL (señalar el impacto logrado): El trabajo de investigación desarrollado permitió acrecentar el bagaje de conocimiento existente respecto al comportamiento agresivo en adolescentes y la relación que este guarda con las prácticas parentales. Se corroboró la información observada en investigaciones previas, y se aportaron nuevos datos que permitirán entender mejor este fenómeno y plantear mejores formas de abordarlo en el futuro.

INDICAR SI NO N.A. (NO APLICA) SEGÚN CORRESPONDA:

<i>Elementos para la revisión académica del trabajo de tesis o trabajo práctico:</i>	
SI	El trabajo es congruente con las LGAC del programa de posgrado
SI	La problemática fue abordada desde un enfoque multidisciplinario
SI	Existe coherencia, continuidad y orden lógico del tema central con cada apartado
SI	Los resultados del trabajo dan respuesta a las preguntas de investigación o a la problemática que aborda
SI	Los resultados presentados en el trabajo son de gran relevancia científica, tecnológica o profesional según el área
SI	El trabajo demuestra más de una aportación original al conocimiento de su área
SI	Las aportaciones responden a los problemas prioritarios del país
N.A.	Generó transferencia del conocimiento o tecnológica
SI	Cumple con la ética para la investigación (reporte de la herramienta antiplagio)
<i>El egresado cumple con lo siguiente:</i>	
SI	Cumple con lo señalado por el Reglamento General de Docencia
SI	Cumple con los requisitos señalados en el plan de estudios (créditos curriculares, optativos, actividades complementarias, estancia, predoctoral, etc)
SI	Cuenta con los votos aprobatorios del comité tutorial, en caso de los posgrados profesionales si tiene solo tutor podrá liberar solo el tutor
N.A.	Cuenta con la carta de satisfacción del Usuario
SI	Coincide con el título y objetivo registrado
SI	Tiene congruencia con cuerpos académicos
SI	Tiene el CVU del Conacyt actualizado
SI	Tiene el artículo aceptado o publicado y cumple con los requisitos institucionales (en caso que proceda)
<i>En caso de Tesis por artículos científicos publicados</i>	
	Aceptación o Publicación de los artículos según el nivel del programa
	El estudiante es el primer autor
	El autor de correspondencia es el Tutor del Núcleo Académico Básico
	En los artículos se ven reflejados los objetivos de la tesis, ya que son producto de este trabajo de investigación.
	Los artículos integran los capítulos de la tesis y se presentan en el idioma en que fueron publicados
	La aceptación o publicación de los artículos en revistas indexadas de alto impacto

Con base a estos criterios, se autoriza se continúen con los trámites de titulación y programación del examen de grado: Sí No

FIRMAS

Elaboró:

Dr. Pedro Palacios Salas

* NOMBRE Y FIRMA DEL CONSEJERO SEGÚN LA LGAC DE ADSCRIPCIÓN:

Dr. Pedro Palacios Salas

NOMBRE Y FIRMA DEL SECRETARIO TÉCNICO:

* En caso de conflicto de intereses, firmará un revisor miembro del NAB de la LGAC correspondiente distinto al tutor o miembro del comité tutorial, asignado por el Decano

Revisó:

Dr. En H. Alfredo López Ferreira

NOMBRE Y FIRMA DEL SECRETARIO DE INVESTIGACIÓN Y POSGRADO:

Autorizó:

Mtra. C.S. y H. María Zapopan Tejeda Caldera

NOMBRE Y FIRMA DEL DECANO:

Nota: procede el trámite para el Depto. de Apoyo al Posgrado

En cumplimiento con el Art. 105C del Reglamento General de Docencia que a la letra señala entre las funciones del Consejo Académico: Cuidar la eficiencia terminal del programa de posgrado y el Art. 105F las funciones del Secretario Técnico, llevar el seguimiento de los alumnos.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

The screenshot shows a web browser window with the Outlook interface. The browser's address bar displays the URL: outlook.live.com/mail/0/inbox/id/AQqKADAwATYwMAItZGJmMC0xZjllLTAwAi0wMAoAEABGGdUF0L1E14B771EJ0b0. The browser's tab is titled "Correo: César Doumerc - Outlook". The Outlook interface includes a search bar at the top with the text "Buscar". Below the search bar, there are navigation options: "Mensaje nuevo", "Eliminar", "Archivo", "No deseado", "Limpiar", "Mover a", and "Categorizar". The left sidebar shows the "Bandeja de..." (Inbox) with 5094 items. The main content area displays an email from "Psicothema" (psicothema@cop.es) dated "Vie 13/11/2020 04:17 PM". The email body contains the following text: "Estimado/a colega: Acuso recibo de su manuscrito, cuya referencia aparece debajo. Le agradecemos que haya elegido nuestra revista como medio de publicación de sus trabajos. Puede consultar el estado de su artículo desde <http://www.psicothema.com/enlaces2/estado.aspx> introduciendo el código que le proporcionamos al final de este mail. Atentamente le saluda, Rebeca Cerezo Managing Editor 427/2020 Relación entre las prácticas parentales y la conducta agresiva en adolescentes de Aguascalientes, Aqs. Código: 53trjv28 Psicothema Colegio Oficial de Psicólogos del Principado de Asturias Ildelfonso S. del Río 4, 1ºB 33001 Oviedo (Spain)". On the right side, there is a notification: "Parece que usas un bloqueador de anuncios. Para maximizar el espacio en la bandeja de entrada, regístrate en [Outlook sin anuncios](#)."

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Agradecimientos

A la Universidad Autónoma de Aguascalientes, por abrirme sus puertas y brindarme invaluable oportunidades de aprendizaje y crecimiento profesional, académico y personal. A su personal docente y administrativo, por la calidez y profesionalismo con el que desempeñan su trabajo.

Al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), por su confianza en este trabajo de investigación, que no hubiera sido posible sin su financiamiento.

A los centros de educación media-superior que nos abrieron sus puertas para la recolección de datos. Asimismo, a los adolescentes participantes, por su amable disposición para brindar la información que se les solicitó. Sin ellos, este trabajo no sería posible

A mi tutor, el Dr. Francisco Javier Pedroza Cabrera, por su guía, su orientación, su apoyo y sus enseñanzas. Gracias por ser parte de mi formación profesional.

A mi asesora, la Dra. Kalina Isela Martínez Martínez, por aportar sus conocimientos y su experiencia a este trabajo, y por su contribución en mi formación como investigador.

A mi asesor, el Dr. Nehemías Cuamba Osorio. Por los más de siete años de enseñanzas, de consejos, de apoyo, y de amistad. Mi camino en la investigación empezó con usted, y es un privilegio que me acompañara también en esta etapa. No tengo palabras para expresar mi admiración y agradecimiento hacia usted.

A mis papás, por su amor y su apoyo incondicional, por impulsarme a soñar en grande y a cumplir esos sueños. A mi hermano, por siempre estar ahí para mí. Gracias a ustedes soy lo que soy.

A Rosa, Jorge, Lidia, Edgar y Cynthia. Gracias por apoyarme, por su amistad, su cariño y su confianza, por su paciencia, por todas las risas, los llantos, los momentos de frustración y de alegría. Esta experiencia no hubiera sido la misma sin ustedes.

A la Dra. San Juana Aguilera Rubalcava: por el tiempo y el esfuerzo que le dedicaste a este trabajo, aun sin ser tu responsabilidad. Gracias por tus enseñanzas, tus asesorías y, sobre todo, por brindarme tu amistad. Este trabajo también es tuyo.

A Clider y Bety, por sus atenciones y su hospitalidad. Gracias por recibirme en su hogar y hacerme sentir que también es el mío.

Dedicatorias

A mi familia, especialmente a mis padres y mi hermano.



Índice

ÍNDICE DE TABLAS	2
ÍNDICE DE FIGURAS	2
RESUMEN.....	3
ABSTRACT	4
INTRODUCCIÓN.....	5
MARCO TEÓRICO	8
CONDUCTA AGRESIVA.....	8
TIPOLOGÍAS DE LA CONDUCTA AGRESIVA.....	9
MODELOS EXPLICATIVOS DE LA CONDUCTA AGRESIVA.....	10
<i>Modelo de la Coerción.....</i>	<i>11</i>
PRÁCTICAS PARENTALES	15
PRÁCTICAS PARENTALES Y CONDUCTAS AGRESIVAS: ESTUDIOS PREVIOS	19
PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.....	27
OBJETIVO GENERAL.....	28
OBJETIVOS ESPECÍFICOS	28
MÉTODO	29
ESCENARIO	29
PARTICIPANTES.....	29
INSTRUMENTOS	29
PROCEDIMIENTO.....	30
RESULTADOS.....	32
DISCUSIÓN	49
CONCLUSIONES	59
REFERENCIAS	61

Índice de tablas

TABLA 1. CORRELACIONES ENTRE LAS DIMENSIONES DE PRÁCTICAS PARENTALES DE LA MADRE Y LAS DE LA CONDUCTA AGRESIVA.32

TABLA 2. CORRELACIONES ENTRE LAS DIMENSIONES DE PRÁCTICAS PARENTALES DEL PADRE Y LAS DE LA CONDUCTA AGRESIVA.33

TABLA 3. CORRELACIONES ENTRE LA CONVIVENCIA DEL ADOLESCENTE CON SUS PADRES Y LA CONDUCTA AGRESIVA.33

TABLA 4. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LA CA.36

TABLA 5. COMPARACIONES POR PAREJAS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LA CA.36

TABLA 6. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LA CALIDAD PERCIBIDA DE SU RELACIÓN CON SUS PADRES.37

TABLA 7. COMPARACIONES POR PAREJAS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LA CA37

TABLA 8. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LAS PP-M.38

TABLA 9. COMPARACIONES POR PAREJAS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LAS PP-M.39

TABLA 10. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LAS PP-P40

TABLA 11. COMPARACIONES POR PAREJAS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LAS PP-P40

TABLA 12. CORRELACIONES ENTRE LA CONSISTENCIA DE PP Y LA CA.41

TABLA 13. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LAS PP-P42

TABLA 14. COMPARACIONES POR PAREJAS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR NIVELES DE AGRESIVIDAD RESPECTO A LA CONSP.43

TABLA 15. CONFORMACIÓN DE LOS GRUPOS POR COMBINACIONES DE PRÁCTICAS PARENTALES.44

TABLA 16. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR COMBINACIONES DE PP-M RESPECTO A LA CA.45

TABLA 17. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LAS MEDIAS DE LOS GRUPOS POR COMBINACIONES DE PP-P RESPECTO A LA CA.46

TABLA 18. PRUEBA DE KRUSKALL-WALLIS PARA LOS GRUPOS POR COMBINACIÓN DE PP RESPECTO A LA CA.47

Índice de figuras

FIGURA 1. MEDIAS POR SEXO PARA LAS DIMENSIONES DE CA.34

FIGURA 2. DISTRIBUCIÓN DE LA MUESTRA POR NIVEL DE AGRESIVIDAD.35

FIGURA 3. MEDIAS EN LOS PUNTAJES DE LAS VARIABLES DEL CUESTIONARIO DE AGRESIVIDAD POR NIVELES DE AGRESIVIDAD.35

FIGURA 4. MEDIAS DE LOS GRUPOS DE AGRESIVIDAD EN CUANTO A LA CALIDAD DE LA RELACIÓN DEL PARTICIPANTE CON SUS PADRES.37

FIGURA 5. MEDIAS EN LOS PUNTAJES DE LAS VARIABLES DE LA ESCALA PP-M POR GRUPOS DE NIVELES DE AGRESIVIDAD.38

FIGURA 6. MEDIAS EN LOS PUNTAJES DE LAS VARIABLES DE LA ESCALA PP-P POR GRUPOS DE NIVELES DE AGRESIVIDAD.39

FIGURA 7. MEDIAS POR GRUPOS DE AGRESIVIDAD RESPECTO A CONSISTENCIA DE PP.42

FIGURA 8. MEDIAS OBTENIDAS POR LOS GRUPOS DE PP-M EN LAS CUATRO DIMENSIONES DE CONDUCTA AGRESIVA.44

FIGURA 9. MEDIAS OBTENIDAS POR LOS GRUPOS DE PP-P EN LAS CUATRO DIMENSIONES DE CONDUCTA AGRESIVA.46

FIGURA 10. MEDIAS OBTENIDAS POR LOS GRUPOS DE PP EN LAS CUATRO DIMENSIONES DE CONDUCTA AGRESIVA.47

Resumen

Antecedentes: El comportamiento agresivo constituye una de las problemáticas con mayor relevancia en la actualidad, por sus múltiples implicaciones individuales y sociales. Por ello ha sido ampliamente estudiado, encontrándose que las denominadas prácticas parentales guardan una estrecha relación con él, misma que ha sido evidenciada con anterioridad. Sin embargo, la investigación antecedente ha optado por estudiar estilos parentales en detrimento de las prácticas parentales, que han resultado mejores predictores de comportamientos en los hijos. Además, suele estudiarse el estilo de uno de los padres, y no el de ambos en conjunto. Por ello, el objetivo del estudio fue analizar la relación de las prácticas de comunicación, autonomía, imposición, control psicológico y control conductual de ambos padres, con la conducta agresiva en adolescentes.

Método: Se tomó una muestra no probabilística de 1,171 adolescentes (M=15.95 años, D. E.= 1.07) de tres centros de educación media-superior. Se utilizó el Cuestionario de Agresividad (Buss y Perry, 1992) en su versión reducida a 20 ítems (Vigil-Colet et al., 2005) y la Escala de Prácticas Parentales (Andrade y Betancourt, 2008) para la medición de las variables.

Resultados: Se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre las dimensiones de la escala de prácticas parentales y las de la conducta agresiva. Los participantes con altos niveles de agresividad perciben mayor Imposición y Control Psicológico, mientras que los de agresividad baja reportan más Comunicación, Autonomía y Control Conductual en ambos padres.

Conclusiones: Las prácticas de Imposición y Control Psicológico se asocian con un incremento en la tendencia del adolescente a emitir agresiones aun cuando alguno de los padres emplee también prácticas positivas, como la Comunicación, la Autonomía y el Control Conductual. Además, la inconsistencia en las prácticas de padres y madres se asocia con el comportamiento agresivo del adolescente.

Palabras clave: Prácticas parentales, conducta agresiva, adolescencia.

Abstract

Background: Aggressive behavior is one of the most relevant problems today, due to its multiple individual and social implications. For this reason, it has been widely studied, finding that the so-called parental practices are closely related to it, which has been evidenced previously. However, antecedent research has chosen to study parenting styles instead of parenting practices, which have been better predictors of behaviors in children. Furthermore, studies usually assesses the style of one of the parents, not both together. Therefore, the objective of the study was to analyze the relationship between the parental practices of communication, autonomy, imposition, psychological control and behavioral control of both parents, with aggressive behavior in adolescents.

Method: A non-probabilistic sample of 1,171 adolescents ($M = 15.95$ years, $S.E = 1.07$) from three centers of upper-middle education was taken. The Aggression Questionnaire (Buss and Perry, 1992) in its version reduced to 20 items (Vigil-Colet et al., 2005) and the Parental Practices Scale (Andrade and Betancourt, 2008) were used to measure the variables.

Results: Statistically significant correlations were found between the dimensions of the parenting practices scale and those of aggressive behavior. Participants with high levels of aggressiveness perceive greater Imposition and Psychological Control, while those with low aggressiveness report more Communication, Autonomy and Behavioral Control in both parents.

Conclusions: The practices of Imposition and Psychological Control are associated with an increase in the tendency of the adolescent to emit aggression even when one of the parents also uses positive practices, such as Communication, Autonomy and Behavioral Control. Furthermore, inconsistency in parenting practices is associated with adolescent aggressive behavior.

Keywords: Parental practices, aggressive behavior, adolescence.

Prácticas Parentales y su Relación con la Conducta Agresiva en Adolescentes

Introducción

La adolescencia es una etapa del desarrollo humano comprendida entre los 10 y 19 años, aproximadamente, caracterizada por un crecimiento acelerado y una serie de cambios a nivel físico, cognitivo y social (UNICEF, 2002). Por ello, constituye una de las transformaciones más complicadas para el individuo, que puede producir en él periodos de crisis, y lo vuelve especialmente vulnerable a involucrarse en diversas conductas que pueden resultar problemáticas en su vida cotidiana, denominadas conductas de riesgo (Moreno, 2015).

Uno de los comportamientos problemáticos que mayor relevancia tiene en la actualidad es el agresivo, el cual se caracteriza por buscar causar un daño en el organismo u objeto al cual va dirigido, por lo cual resulta aversivo para su receptor, y que puede manifestarse en una gran variedad de formas (Medrano et al., 2019). La agresión interpersonal, es decir, aquella que se da entre miembros de una familia, en una pareja, entre amigos, conocidos o desconocidos, (v. g. maltrato infantil, violencia juvenil, violencia en la pareja, violencia sexual y maltrato de personas mayores) es una problemática presente a nivel mundial y, según la Organización Mundial de la Salud (OMS, 2014), constituye una de las principales causas de muerte de personas entre 15 y 44 años, así como un factor de riesgo ante problemas sociales y de la salud.

Evidentemente México no es la excepción, ya que, junto al resto de países de América, conforman el grupo de naciones más violentas del mundo, con una tasa de homicidios que en el 2004 era de 17.4 por cada 100,000 habitantes, ocho veces más alta que en Europa y 16 veces mayor que en países como Japón y Corea (Secretaría de Salud, 2006) y que en el 2012 se incrementó a 28.5 por cada 100,000 habitantes, casi el doble que la del continente africano, que se ubicó en el segundo lugar (OMS, 2014). Del total de homicidios que se cometen a nivel mundial cada año, se estima que el 43% se da entre jóvenes de 10 a 29 años, representando la cuarta causa de muerte en este grupo etario (OMS, 2020). Acorde con los resultados del Índice de Paz México 2018 (Institute for Economics and Peace, 2018) para el 2017 se registraron más de 29,000 asesinatos en el país, lo cual elevó la tasa de

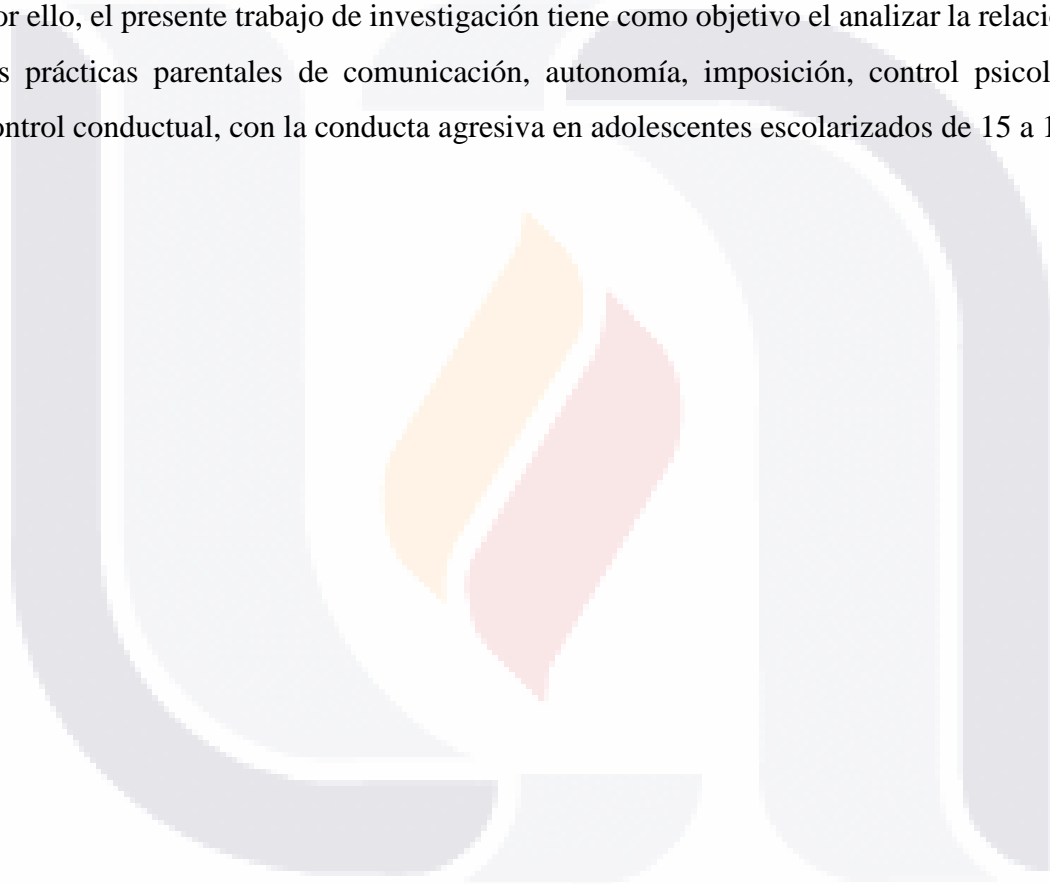
homicidios a 23.8 por cada 100,000 habitantes, con lo que México alcanzó la octava tasa más alta de homicidios en el continente. La tasa de delitos con violencia (robo, asalto y violación), a su vez, se elevó un 15% del 2016 al 2017.

Por otra parte, datos de la Encuesta Nacional de Victimización y Percepción sobre Seguridad Pública (ENVIPE, 2018), realizada por el INEGI, señalan que entre las conductas antisociales que los encuestados observaron con mayor frecuencia alrededor de sus viviendas se encuentran los robos o asaltos frecuentes y la presencia de pandillas o bandas violentas. En este sentido, cabe señalar que la cantidad de grupos armados en México aumentó de tres en el 2006 a doce en el 2016, lo que propició un crecimiento en los índices de violencia, duplicándose la incidencia de homicidios en dicho lapso (Institute for Economics and Peace, 2018). La violencia intrafamiliar, correlacionada con la violación, el asalto y el robo, también presentó un aumento, en este caso del 32 % en los últimos 3 años. Todo esto evidencia un incremento en la violencia en la sociedad en general.

Las consecuencias de la violencia y la agresión no se limitan a la muerte de su receptor, algunas otras posibles consecuencias para la víctima incluyen el desarrollo de problemas psicológicos, como trastornos de ansiedad o depresión, así como abuso de sustancias y comportamiento suicida. Además, las consecuencias tampoco son exclusivas para la víctima; también el emisor de la conducta puede experimentar consecuencias adversas, como pueden ser problemas sociales, aislamiento, consecuencias legales y desempleo (Carroll, McCarthy, Houghton, Sanders y Zadow, 2018).

Por ello, desde hace tiempo se han realizado esfuerzos por identificar las posibles causas y variables que se ven implicadas en la manifestación del comportamiento agresivo, así como los factores que pueden facilitar su prevención y tratamiento. Se ha señalado que la conducta agresiva es aprendida, y su aparición no se da de manera espontánea cuando el sujeto alcanza la adolescencia, sino que se adquiere desde las primeras etapas de la niñez. Dicho aprendizaje se da inicialmente en el núcleo familiar, el cual representa el primer contexto en el cual se desarrolla el individuo y donde, a través de la interacción con los miembros de su familia, principalmente sus padres, este descubre que la agresión puede traerle consecuencias deseables, como lo pueden ser el cese de un regaño por parte de sus padres o el acceso a algún objeto o actividad, por lo cual se va volviendo más frecuente la emisión de esa conducta (Patterson, 1982).

Dada la importancia que tiene la familia en el desarrollo de un individuo, esta ha sido de gran interés para los investigadores en psicología desde hace ya varias décadas (Andrade y Betancourt, 2008). Las conductas específicas que los padres emplean con un objetivo concreto en la socialización de sus hijos son denominadas prácticas parentales (Segura-Celis, Vallejo, Osorno, Rojas y Reyes, 2011; Darling y Steinberg, 1993), y juegan un papel muy importante en el desarrollo del menor, pudiendo tener diversas consecuencias tanto positivas como negativas, entre ellas, la emisión de conductas agresivas en mayor o menor medida. Por ello, el presente trabajo de investigación tiene como objetivo el analizar la relación entre las prácticas parentales de comunicación, autonomía, imposición, control psicológico y control conductual, con la conducta agresiva en adolescentes escolarizados de 15 a 19 años.



Marco Teórico

Conducta Agresiva

Históricamente se ha abordado la conducta agresiva desde diversos enfoques, generándose también múltiples definiciones conceptuales para este y otros términos relacionados, como “agresión”, “agresividad” y “violencia”. Todavía en la actualidad parece no haber un consenso respecto a la definición de estos términos, por lo que en muchas ocasiones son empleados indistintamente en la investigación. Normalmente, la mayoría de las definiciones de la conducta agresiva comparten al menos tres elementos: 1) intencionalidad; el emisor generalmente tiene un objetivo; 2) sus consecuencias son aversivas hacia el receptor y 3) se manifiesta de diversas formas, lo cual, a su vez, deriva en la existencia de diversas tipologías de la conducta agresiva (Medrano et al., 2019).

Así, para algunos la agresión constituye un acto caracterizado por buscar causar un daño a otro individuo, es decir, es una conducta específica, reactiva y efectiva que se da ante situaciones concretas (Carrasco y González, 2006). Para otros, como Renfrew (2001), se trata de un comportamiento de un organismo que está orientado a un blanco, mismo que resulta dañado. Estas definiciones incluyen la direccionalidad de la conducta como un elemento importante para considerarla como agresión, con lo cual se descartan las acciones que pudieran derivar en un daño para el otro organismo, pero cuya finalidad no era esa, por lo que suelen ser consideradas como accidentes. Sin embargo, sí se incluyen conductas orientadas a herir aún si dicho intento fracasa (Anderson y Bushman, 2001). Patterson (1982), por otro lado, define a la agresión como un evento aversivo que una persona emplea contingentemente con la conducta de otra con la cual interactúa, y que puede producir una modificación en el comportamiento de esa otra persona.

La agresividad, por su parte, ha sido conceptualizada como una tendencia del sujeto a recurrir a la agresión en diversas situaciones, ya sea atacando, ofendiendo o provocando a los demás, y representa una capacidad que el organismo tiene de oponer una resistencia a la influencia del medio, por lo que, en un nivel adecuado, resulta un comportamiento adaptativo (Lorenz, 1998). Así, la conducta agresiva representa un comportamiento básico y primario que puede observarse en todo el reino animal (Carrasco y González, 2006).

La violencia, a su vez, representa una forma de agresión que tiene como objetivo ocasionar un daño físico extremo, graves heridas, o incluso la muerte. Por ello, se dice que

la violencia constituye un tipo de agresión que excede a sus funciones adaptativas (Contini, 2015). Así, toda conducta violenta es una agresión, pero no toda conducta agresiva es considerada como violenta (Anderson y Bushman, 2001). Algunas definiciones de violencia no son diferentes a las de agresividad, pero en algunas otras se hace referencia a elementos como la amenaza o la intimidación, que no siempre se incluyen en las definiciones de agresividad (Carrasco y González, 2006).

Otros dos conceptos que se han visto estrechamente relacionados con el de la agresión son los de ira y hostilidad. Dado que en diversas ocasiones se han utilizado estos conceptos como equivalentes por la ambigüedad en sus definiciones, se les clasificó grupalmente en el Síndrome AHA (Spielberger, Krasner y Solomon, 1988), por sus siglas en inglés (Anger, Hostility, Aggression).

La ira consiste en un estado emocional conformado por sentimientos que varían en su intensidad, pudiendo ir desde una ligera irritación o enfado hasta una fuerte rabia o furia. Estos sentimientos se producen a raíz de una experiencia desagradable y no se orientan a un objetivo (Spielberger et al., 1988). Para otros, como Berkowitz (1990), la ira sería la conciencia del sujeto sobre los cambios fisiológicos que se relacionan con la agresión, reacciones expresivo-motoras, así como ideas y recuerdos, generados a raíz de dichos eventos desagradables.

Por su parte, la hostilidad consiste en una serie de actitudes negativas complejas que impulsan comportamientos agresivos orientados a un objetivo, que generalmente es el daño o la destrucción de objetos o personas (Spielberger et al., 1988). Por lo tanto, mientras que la ira representa el componente afectivo de la conducta agresiva, la hostilidad constituye su componente cognitivo, que puede reflejarse en una valoración negativa del otro, sobre el cual se muestra desprecio o disgusto (Berkowitz, 1990). Finalmente, la agresión es el componente comportamental desde el Síndrome AHA, siendo definida como una acción voluntaria, punitiva o destructiva, orientada a una meta específica, destruir objetos o dañar a otras personas (Carrasco y González, 2006).

Tipologías de la conducta agresiva

Así como existen diversas definiciones de los conceptos relacionados con el comportamiento agresivo, y distintas teorías que orientan su estudio, también es posible

encontrar diferentes tipologías que permiten clasificar la conducta agresiva, dividiéndose a la agresión en una serie de categorías o subtipos, basados en diferentes criterios.

Por ejemplo, de acuerdo a la forma en la que es expresada (Krygsman y Vaillancourt, 2019; Pastorelli, Barbarelli, Cermak, Rozsa y Caprara, 1997), se le ha clasificado en: a) agresión física, correspondiente a un ataque a un organismo a través del uso de armas o elementos corporales, con conductas motoras y físicas, que implica daño corporal; b) agresión verbal, que hace referencia a palabras que representan insultos, amenazas o rechazos que resultan dañinos para el otro; y c) agresión social (o relacional), orientada a afectar la autoestima del otro y/o su estatus social mediante expresiones faciales, desdén, rumores, exclusión o manipulaciones de las relaciones interpersonales.

Con base en su motivación, se ha clasificado a la conducta agresiva como reactiva (u hostil) o proactiva (o instrumental). La agresión reactiva se caracteriza por estar dirigida a herir al objeto de la agresión, ocurrir en presencia de enojo o ira e involucrar poca planeación (Dodge y Coie, 1987; Fanning, Coleman, Lee y Coccaro, 2019), y está estrechamente relacionada con la ansiedad y la impulsividad (Cima, Raine, Meesters y Popma, 2013; Fanning et al., 2019; Miller y Lynam, 2006). Suele darse en respuesta a provocaciones, frustración o amenazas (Brugman et al., 2016), y tiene sus antecedentes en el modelo de frustración-enojo de Berkowitz (1962).

La agresión proactiva, por su parte, está motivada por la obtención de un reforzador o una meta, no implica enojo o ira, y es planeada (Bushman y Anderson, 2001). Sin embargo, su planeación no necesariamente es larga, puede tratarse de una decisión rápida de emplear la agresión para alcanzar un objetivo determinado, por lo que puede tratarse de un comportamiento impulsivo que es característico en personas con ciertas psicopatologías (Fanning et al., 2019). Este tipo de agresión está ligado a la insensibilidad, el abuso de sustancias y la delincuencia (Cima, Raine, Meesters y Popma, 2013; Miller y Lynam, 2006; Fanning et al., 2019), y tiene sus bases teóricas en el modelo de aprendizaje social de Bandura (1975).

Modelos Explicativos de la Conducta Agresiva

Como se mencionó anteriormente, existen diversos enfoques y modelos explicativos desde los cuales se ha abordado el estudio de la conducta agresiva. El modelo conductual, concretamente el del Condicionamiento Operante (Skinner, 1953), plantea que la conducta

de un organismo está determinada por la reacción del entorno a las propias acciones del sujeto: una conducta que es reforzada tenderá a repetirse en el futuro, mientras que, por el contrario, si el comportamiento no es reforzado, tenderá a extinguirse (Eron, 2002). A través de la investigación básica se ha demostrado, por ejemplo, que la inducción de dolor motiva la agresión (Azrin, Hutchinson y McLaughlin, 1965), por lo que ésta puede convertirse en una conducta de escape y evitación ante la estimulación aversiva, la cual es reforzada negativamente, al disminuir o erradicar el origen de dicha aversión (Ulrich y Craine, 1964).

Así, el comportamiento agresivo es funcional, puesto que le produce consecuencias positivas al emisor, mismas que refuerzan dichos comportamientos, por lo que se vuelve una forma de conducta muy estable a lo largo del tiempo (Patterson, 2002). Durante la adolescencia, la conducta agresiva puede proporcionarle al individuo una cierta reputación social y la expansión de sus lazos sociales, puesto que se trata de conductas que suelen relacionarse con la popularidad y la aceptación de los pares durante esta etapa del desarrollo, lo cual constituye el reforzador de la conducta agresiva del adolescente, propiciando así que dichos comportamientos tiendan a repetirse en situaciones futuras (Sabeh, Caballero y Contini, 2017).

Patterson y cols. (1982) plantearon una teoría del desarrollo del comportamiento agresivo y antisocial con base casi exclusivamente en los principios del condicionamiento operante y la teoría del aprendizaje social: la teoría de la coerción, desde la cual se ubica el origen de la conducta antisocial –entre ellas la conducta agresiva- en las interacciones entre padres e hijos y en los métodos disciplinarios empleados por los primeros; es decir, desde este modelo, las prácticas de disciplina y de supervisión inadecuadas promueven el comportamiento agresivo en los menores.

Modelo de la Coerción (Patterson, 1982). Patterson y cols. (1982) realizaron una serie de estudios sobre la conducta agresiva en niños, a partir de los cuales identificaron que ésta se ve determinada por un proceso durante el cual los eventos aversivos son empleados para controlar el comportamiento de otra persona. Llamaron a dicho proceso “coerción”, término que da nombre al modelo desarrollado por los autores.

La coerción, entonces, representa un conjunto de conductas que un individuo emplea para alcanzar un fin, como puede ser el acceso a un objeto, a una actividad, la obtención de cierto estatus social, o la evitación o escape de las demandas de otra persona (Snyder y

Dishion, 2016). Estas conductas, además, deben ser percibidas como aversivas por la persona a la que van dirigidas para ser consideradas como coercitivas. Pueden ser acciones directas, como las amenazas y agresiones físicas o verbales, la desobediencia, la manipulación y el control; o indirectas, como la mentira, la denigración de terceros, y el rechazo o exclusión de grupos sociales (Snyder y Dishion, 2016). Se trata de un proceso que puede presentarse en todas las relaciones interpersonales cercanas: padres-hijos, hermanos, compañeros, amigos, parejas, maestros y colegas.

Una conducta coercitiva puede cumplir con tres diferentes funciones secuenciales y contingentes (Patterson, 2016):

- 1) Secuencia de dos pasos: una conducta aversiva por parte de la persona 1 en el momento 1 lleva a una consecuencia positiva para la persona 1 en el momento 2 (reforzamiento).
- 2) Secuencia de dos pasos: una conducta aversiva de la persona 1 en el momento 1 produce una consecuencia negativa para la persona 2 en un momento 2 (castigo).
- 3) Secuencia de tres pasos: una conducta aversiva de la persona 1 en el momento 1 conduce a una conducta aversiva de la persona 2 en el momento 2, lo cual produce que la conducta aversiva de la persona 1 desista en el momento 3 (reforzamiento negativo o condicionamiento de escape).

Ninguno de estos procesos resulta patológico por sí mismos. Un castigo correctamente aplicado en la secuencia de tres pasos, por ejemplo, podría ayudar a reducir el comportamiento agresivo en un niño. Sin embargo, en la misma secuencia, el niño podría desarrollar una resistencia mayor a la conducta aversiva de su padre, pudiendo éste volverse víctima de la agresión del niño.

Un ejemplo de esto sería una madre que 1) regaña a su hijo por no haber hecho su tarea, 2) el niño responde de forma agresiva, gritando, ante lo cual 3) la madre desiste y deja de regañar al menor. Los pasos 1 y 2 constituyen un ejemplo de reciprocidad negativa iniciada por la madre. El paso 3 de la interacción representaría un reforzamiento negativo para el menor, que será más propenso a discutir con su madre para evitar o escapar de sus regaños; la madre, a su vez, fue castigada en el segundo paso de la interacción, y fue reforzada negativamente al evitar o escapar de la agresividad de su hijo por desistir en sus regaños hacia él en el paso 3 (Patterson, 2016).

Eventos coercitivos como el del ejemplo anterior se vuelven tan comunes en la interacción entre padres e hijos que empiezan a ser considerados como inofensivos, por lo cual tienden a ser ignorados y normalizados al grado de volverse secuencias automáticas, en las que ya no intervienen procesos cognitivos activos por parte de los miembros de la interacción (Patterson, 2016). Es decir, tanto el padre como el hijo empiezan a recurrir a estas conductas aversivas sin pensarlo, y sin darse cuenta de que lo están haciendo. Así, las interacciones coercitivas se van volviendo más frecuentes y persistentes, con lo cual los aspectos positivos de la relación se deterioran.

Durante el primer año de vida del infante, la tasa de conductas coercitivas que éste emite es considerablemente mayor que la de sus conductas prosociales; el bebé se comporta de maneras que para los padres pueden resultar aversivas (por ejemplo, el llanto) cuando necesita satisfacer sus necesidades básicas, de esta manera, tanto él como sus padres son reforzados negativamente cuando estos satisfacen dichas necesidades (Patterson, 2016). En etapas posteriores de la infancia, otros miembros de la familia, como los hermanos, se ven involucrados en las interacciones coercitivas y se convierten en importantes fuentes de intercambios aversivos y de reforzamiento a esas conductas. La coerción comienza a volverse más frecuente, intensa y variada en sus manifestaciones, afectando a todos los miembros de la familia y sus interacciones cotidianas (Patterson, 2016).

Después de esta etapa de entrenamiento básico, el menor entra a una fase en la que debe establecer relaciones funcionales con sus pares y adquirir habilidades académicas básicas. Sin embargo, el comportamiento coercitivo que aprendió previamente lo pone en un alto riesgo de no poder solventar dichas tareas, dado que su comportamiento es aversivo tanto para sus pares como para sus maestros, lo cual dificulta sus procesos de socialización y aprendizaje, mismos que resultan de gran importancia para el ajuste social en la adolescencia y la adultez (Patterson, 1982).

Como se señaló anteriormente, el escenario familiar, que es el primero en el que el individuo se desarrolla, moldea formas abiertas de agresión en el niño, como los berrinches y golpes (Forgatch y Patterson, 2010). En esta segunda etapa del proceso, el niño se ve inserto en un segundo escenario: el escolar, en el cual la mayoría de los reforzamientos, sobre todo positivos (i. e. aprobación verbal, risas, asentimientos con la cabeza), serán proveídos por sus pares y propiciarán nuevas formas de agresión, como la mentira, el robo, el iniciar incendios,

el uso de sustancias y el vandalismo, las cuales se consideran formas de agresión encubiertas (Forgatch y Patterson, 2010). De igual forma, se piensa que es posible que el reforzamiento positivo que los pares y hermanos proveen ante los golpes o peleas (i. e. llanto o muestras de miedo) puede funcionar como un mecanismo adicional de reforzamiento para la conducta antisocial abierta (Patterson, 2016).

El patrón de comportamiento agresivo que el sujeto desarrolló propicia que sea rechazado por sus padres, sus maestros y la mayoría de sus pares, en lo que constituye la tercera etapa del proceso de la coerción. Este rechazo le lleva a establecer relaciones sociales con otros pares que manifiestan el mismo comportamiento desviado, con lo cual dicho comportamiento sigue siendo reforzado tanto para él como para sus pares. A este proceso se le conoce como entrenamiento de desviación entre pares (Patterson, 2016). Así, en un tercer escenario se presentan los resultados de la combinación del reforzamiento negativo proporcionado por la familia en la primera etapa y el reforzamiento positivo otorgado por los pares en la segunda, aunado a que los intercambios coercitivos se extienden ahora hacia los pares desviados (Patterson, 2016).

Finalmente, al llegar a la adultez, el individuo que presenta este patrón de conductas se enfrenta a problemas para conservar sus empleos o para mantenerse en altos niveles jerárquicos en los mismos. Además, tienden a tener matrimonios fallidos que terminan en divorcios, suelen presentar problemas de adicción al alcohol o a otras drogas y múltiples arrestos. Por su falta de habilidades sociales, son propensos a ser personas solitarias (Patterson, 1982).

Como puede observarse en el modelo aquí descrito, los padres y su interacción con el menor juegan un papel determinante en la conducta agresiva de éstos. No sólo fungen como entrenadores primarios, facilitando el aprendizaje de este tipo de comportamientos por parte de sus hijos, además, son quienes mantienen en mayor medida estas conductas al reforzarlas tanto positiva como negativamente (Patterson, 1982). Más específicamente, las prácticas parentales que éstos ponen en práctica pueden fungir como un mediador en la relación existente entre los contextos violentos y los resultados negativos en el desarrollo del individuo, empezando desde su niñez (Forgatch y Patterson, 2010).

Prácticas Parentales

El rol de la familia, y particularmente el que ejercen los padres, han sido de particular interés para la psicología desde hace varias décadas (Andrade-Palos y Betancourt, 2008; García, Rivera y Reyes, 2014), ya que se valora a los procesos familiares y las prácticas parentales como contextos de socialización de gran importancia para el desarrollo y aprendizaje de los hijos (Campos de Sousa, 2012; Janssens et al., 2015). Se han seguido dos principales enfoques en la investigación referente a la influencia de los padres sobre sus hijos: el de los estilos parentales, de carácter tipológico, y el de las prácticas parentales, de carácter dimensional (Ruiz, Moral, Llor y Jiménez, 2019). La investigación llevada a cabo en muestras occidentales tiende a categorizar el comportamiento de los padres en los estilos parentales descritos por Baumrind (1968): autoritativo, autoritario, permisivo y negligente. Sin embargo, en años recientes se ha señalado que el estudio de las prácticas parentales permite predecir comportamientos en los hijos de forma más efectiva (Carlo, McGinley, Hayes, Batenhorst, y Wilkinson, 2007).

Aunque en ocasiones los conceptos de estilos y prácticas parentales son utilizados indistintamente, es importante diferenciarlos (García et al., 2014). La principal distinción entre ambas aproximaciones radica en que, mientras los estilos parentales son conceptualizados como patrones de respuestas o categorías generales de actitudes que engloban a los comportamientos de los padres en la crianza de sus hijos, las prácticas parentales aluden a conductas más específicas que los padres ejecutan en cada situación particular en la interacción con ellos (Segura-Celis, Vallejo, Osorno, Rojas y Reyes, 2011; Darling y Steinberg, 1993).

Así, las prácticas parentales son comportamientos definidos por metas específicas en la socialización del niño, que operan en dominios muy bien delimitados y específicos, como, por ejemplo, el logro académico, la independencia o la cooperación con los pares. Dependiendo del resultado específico del desarrollo que se desea estudiar, resultaría de mayor o menor importancia el investigar determinadas prácticas parentales (Darling y Steinberg, 1993).

Las prácticas parentales han sido comúnmente agrupadas en dos categorías o dimensiones: 1) el apoyo parental, que alude a la naturaleza afectiva de la relación padre-hijo, describiendo el grado en el que los padres apoyan la individualidad del menor, así como

su autorregulación, mediante la demostración de compromiso, aceptación, disponibilidad emocional y receptividad a las necesidades y demandas del adolescente; y 2) el control parental, conceptualizado como el cúmulo de reglas, límites, restricciones y regulaciones que los padres aplican a los menores, así como el conocimiento que tienen acerca de las actividades que estos llevan a cabo (Barber, 1996; Betancourt y Andrade-Palos, 2011; Janssens et al., 2015).

El control parental, a su vez, puede ser dividido en control psicológico y control conductual, con lo cual se estaría hablando de un modelo de prácticas parentales integrado por tres factores: 1) el apoyo parental, 2) el control psicológico y 3) el control conductual (Janssens et al., 2015). El control psicológico es un tipo de control intrusivo que limita el desarrollo psicológico y emocional del adolescente, y que consiste en la búsqueda de la obediencia de éste mediante estrategias intrusivas que obstaculizan su independencia a través de un control pasivo-agresivo y hostil hacia el mismo, manifestado en conductas como críticas excesivas, inducción de culpa, invalidación de sentimientos y sobreprotección (Barber, 1996; Betancourt y Andrade-Palos, 2011; Janssens et al., 2015).

El control conductual, por su parte, constituye un conglomerado de conductas que buscan influir y controlar las conductas del adolescente, e incluyen la atención y supervisión de las actividades de los hijos, el establecimiento de reglas y el castigo, por lo que también se le ha estudiado como supervisión o monitoreo (Betancourt y Andrade-Palos, 2011; Janssens et al., 2015).

Con base en su investigación y los resultados de otros estudios, Janssens y cols. (2015) proponen un modelo de cinco factores que componen las prácticas parentales: 1) apoyo, 2) control proactivo (técnica que anticipa el comportamiento indeseable), 3) control punitivo (orientado a corregir comportamientos inadecuados una vez que se presentan), 4) control punitivo severo y 5) control psicológico. Desde este modelo, el control conductual ejercido por los padres se desglosa en tres elementos distintos, con lo cual, de acuerdo con los autores, se facilita la conceptualización de las conductas de los padres correspondientes a estas categorías, lo que posibilita la obtención de resultados más consistentes acerca de los efectos del control parental en el desarrollo del adolescente.

Se ha observado que las conductas utilizadas por los padres en la formación de sus hijos pueden tener influencia en distintas áreas de su desarrollo psicosocial, ya sea de manera

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

positiva, al fomentar el desarrollo de habilidades conductuales o, por el contrario, de forma negativa, al propiciar el desarrollo de problemas conductuales, agresividad o sintomatología depresiva y ansiosa en el hijo (González, Guevara, Jiménez y Alcázar, 2017). Incluso se plantea que pudiera existir un impacto distinto de las prácticas del padre y las de la madre, pudiendo influir también el sexo del hijo o hija (Ruiz et al., 2019; Lansford, Laird, Pettit, Bates y Dodge, 2014).

Se ha encontrado que otro factor que puede influir en el desarrollo del menor es la inconsistencia entre las prácticas del padre y la madre, es decir, el uso de prácticas distintas entre uno y otro (e. g. mucha comunicación de uno y poca de otro, mucho control conductual de uno y poco de otro), lo cual puede representar un factor de riesgo ante el desarrollo de problemas conductuales del menor (Jiménez-Barbero, Ruiz-Hernández, Velandrino-Nicolás y Llor-Zaragoza, 2016). Sin embargo, otros autores (Gómez-Ortiz et al., 2015; Lansford, Laird, Pettit, Bates y Dodge, 2014) indican que, más allá de que existan diferencia entre las prácticas de uno y otro, el hecho de que uno de los dos emplee prácticas positivas (e. g. comunicación, autonomía, afecto, control conductual) puede ser suficiente para que los beneficios de estas sean mayores que los resultados negativos de prácticas menos efectivas (e. g. imposición, control psicológico). Es necesario ahondar en la investigación al respecto para esclarecer si estas inconsistencias entre padres representan o no un factor relevante en el desarrollo de los hijos.

Existe evidencia de que el uso inadecuado de las prácticas parentales de disciplina, supervisión (o monitoreo) y afecto (o apoyo) es un factor determinante en la adquisición y el mantenimiento de la conducta agresiva. En el caso de los niños, una disciplina ineficiente (i. e. regaños y peleas sobre asuntos relativamente irrelevantes, así como amenazas de castigos que no son cumplidas) es uno de los principales elementos que favorecen la manifestación de estas conductas, mientras que, en los adolescentes, la disciplina ineficiente, aunada a una falta de supervisión, resultan factores determinantes de las mismas (Patterson, Reid y Dishion, 1982). Por el contrario, la crianza caracterizada por niveles adecuados de comunicación, apoyo, afecto, fomento de autonomía y control conductual se ha relacionado con bajas tasas de comportamientos agresivos en los hijos (Luk et al., 2016; Ruiz et al., 2019).

La disciplina parental involucra aquellas conductas que los padres ejecutan con el objetivo de evitar y corregir las conductas del menor que no consideran apropiadas y, por el

contrario, premiar y fomentar los comportamientos deseables; así como a lograr su conformidad y obediencia, por lo que representan un elemento fundamental en el proceso de socialización del niño y del adolescente, así como para el mantenimiento de su seguridad y salud (Gámez et al., 2010; Rajyaguru et al., 2019).

Se considera que una práctica disciplinaria es efectiva cuando previene el comportamiento inadecuado y promueve conductas deseables en el menor, y no lo es si, por el contrario, refuerza o modela el mal comportamiento de éste (Locke y Prinz, 2002). Suele categorizarse a las prácticas de disciplina efectivas como crianza positiva o proactiva; algunos de sus ejemplos son el uso de reglas y peticiones claras, el reforzamiento directo de conductas apropiadas o incompatibles con la conducta no deseada, una breve retirada de privilegios, así como el uso del razonamiento y la inducción (Locke y Prinz, 2002).

La supervisión o monitoreo parental, por su parte, se considera una habilidad esencial en la crianza (Stattin y Kerr, 2000) que implica el cuidado de los hijos y el conocimiento que los padres tienen sobre su paradero, las actividades que realizan y con quién las realizan (Carrillo et al., 2016; Betancourt y Andrade-Palos, 2011; Forgatch y Patterson, 2010). Se trata de un proceso activo que conlleva la búsqueda de información sobre las compañías del menor, así como la estructuración de sus actividades y tiempo (Gunn et al., 2019).

Stattin y Kerr (2000) definieron el control, la solicitud y la apertura por parte del menor como las potenciales fuentes de información que los padres tienen sobre los paraderos y actividades de sus hijos. El control se refiere a los esfuerzos que el padre realiza para dirigir las conductas del adolescente mediante reglas y restricciones, mientras que la solicitud consiste en los esfuerzos activos del padre para obtener información de sus hijos adolescentes. En conjunto, estas dos prácticas pueden ser consideradas actividades de monitoreo que describen la vigilancia y el seguimiento que los padres realizan sobre las actividades y conductas de sus hijos. Por su parte, la apertura del menor hace referencia a la voluntad de este para brindarle información verídica a sus padres y, por lo tanto, no es considerada por los autores como una actividad de monitoreo.

Se ha señalado que el monitoreo constituye una práctica parental que, de llevarse a cabo adecuadamente, protege al niño de involucrarse en conductas de riesgo y le puede facilitar el desarrollo de conductas positivas y saludables (Gunn et al., 2019). Al ser monitoreados y supervisados por sus padres, los adolescentes pueden comportarse de una

forma más apegada a los valores familiares y mantener el respeto y confianza de sus padres (Geisner et al., 2018).

Sin embargo, también hay estudios que indican que no siempre el monitoreo resulta una práctica parental que arroje resultados benéficos para el menor, sino que se tiene que dar bajo ciertas condiciones: es efectivo cuando el adolescente se encuentra expuesto a factores de riesgo de conductas problema, mientras que, en ausencia de dichos factores, el monitoreo no solo puede resultar ineficiente, sino que puede ser incluso contraproducente (Rekker et al., 2017; Kiesner, Poulin y Dishion, 2010; Laird, Marrero y Sentse, 2010; Wertz et al., 2016). Se requiere mayor investigación respecto a esta práctica para esclarecer qué resultados puede arrojar y bajo qué circunstancias.

Finalmente, el apoyo o afecto parental, como se mencionó anteriormente, alude al soporte que el adolescente recibe de sus padres, así como a la capacidad de los padres de confiar, animar, aceptar y brindar a sus hijos afecto (Betancourt y Andrade-Palos, 2011). Hace referencia a las conductas de los padres que le indican al menor que es aceptado y amado (Barnes et al., 2000) y representa una dimensión clave de las prácticas parentales efectivas. Incluye conductas como elogiar, animar y demostraciones físicas de afecto, como abrazos y besos (Barnes et al., 2000). En general, se ha visto asociado a un mejor funcionamiento del adolescente y a una menor incidencia de problemas conductuales por parte de éste (Essau y Hutchinson, 2008; González, 2013; Martínez-Ferrer et al., 2012).

Prácticas Parentales y Conductas Agresivas: Estudios Previos

Diversos investigadores han estudiado cómo se relacionan las prácticas parentales con la conducta agresiva y cómo las primeras pueden favorecer o no el desarrollo de estos comportamientos en el individuo. En este apartado se mostrarán los resultados de algunas de esas investigaciones, así como los tipos de muestras y los métodos de recolección de datos que utilizaron. En este sentido, se observa que la mayoría de los estudios se llevan a cabo en muestras de niños (de 0 a 11 años) y emplean instrumentos de auto-reporte, con lo cual evalúan la percepción que tienen los padres sobre las conductas que utilizan para criar a sus hijos o, en algunos casos, la percepción del propio hijo en relación a las conductas de sus padres.

Para describir los estilos de crianza relacionados con el comportamiento negativista-desafiante o agresivo en niños, Morales y cols. (2015) evaluaron mediante instrumentos de

auto-reporte y un sistema de observación directa a 300 padres de niños entre dos y doce años de edad, que participaron voluntariamente en un programa de crianza positiva por problemas conductuales de sus hijos. Encontraron que las conductas parentales como dar instrucciones claras, el establecer reglas, la solución de problemas y la interacción social positiva prácticas de crianza de los padres se encuentran relacionadas negativamente con conductas negativistas-desafiantes y de agresión en niños, mientras que las prácticas como el castigo físico se asociaron positivamente con dichos comportamientos.

Ruvalcaba y cols. (2016), por su parte, buscaron identificar el valor predictivo que las prácticas parentales pueden tener sobre algunos indicadores de ajuste en el adolescente. Para ello, utilizaron una muestra de 417 estudiantes de secundaria que vivían con sus dos padres. Les aplicaron a los adolescentes una serie de escalas e inventarios (entre ellos la Escala de Prácticas Parentales aquí utilizada) para medir tanto las prácticas parentales que perciben que sus padres emplean como los diversos indicadores de ajuste en ellos mismos (i. e. autoestima, resiliencia, competencias socioemocionales, ansiedad, depresión y conductas disruptivas). Sus resultados indican que las prácticas parentales de comunicación, autonomía, control psicológico y control conductual de la madre tienen una mayor correlación con el adecuado desarrollo psicosocial del hijo que las prácticas del padre.

Otro estudio, realizado por Márquez y cols. (2014), analizó la asociación entre el control psicológico parental y la violencia escolar en una muestra de 403 adolescentes entre 12 y 16 años de edad que cursaban la secundaria. Empleando dos cuestionarios de escala tipo Likert midieron las situaciones de victimización y agresión escolar, así como la percepción de los adolescentes sobre el control psicológico que sus papás y mamás pudieran estar ejerciendo, encontrándose que el control conductual de la mamá se relaciona negativamente con la hiperactividad e inatención; mientras que el control psicológico tanto de la madre como del padre favorecen la aparición de problemas conductuales en el menor.

Para determinar en qué medida las prácticas parentales predicen las capacidades y dificultades de los preadolescentes, Méndez, Andrade y Peñaloza (2013) tomaron una muestra de 489 estudiantes de educación primaria y, mediante dos escalas evaluaron dichas variables, obteniendo, entre otros resultados, que el control psicológico ejercido por el padre se asociaba no sólo a la manifestación de problemas conductuales por parte de los hijos, sino también a sintomatología de problemas emocionales en ellos.

La percepción que tiene el adolescente sobre el apoyo que recibe de sus padres, particularmente de su madre, resulta un importante predictor de comportamiento prosocial, esto de acuerdo con los resultados obtenidos por Mestre y cols. (2007) a través de dos investigaciones que buscaban estudiar la relación entre los estilos de crianza, el comportamiento prosocial y la empatía, la agresividad, la inestabilidad emocional y la ira, el primero de ellos evaluando los estilos de crianza desde la perspectiva de la madre y el segundo haciéndolo desde la del adolescente (de 12 a 14 años); en ambos casos a través de instrumentos de auto-reporte.

Palacios y Andrade-Palos (2008) analizaron la presencia de varias conductas problema (i. e. conducta sexual, consumo de tabaco, alcohol y drogas, intento de suicidio, conducta antisocial y conducta delictiva) en una muestra de 1000 participantes de entre 14 y 22 años, buscando probar el nivel de predicción de las prácticas parentales, dependiendo del sexo y la edad. Para ello emplearon distintos instrumentos de auto-reporte, y encontraron que una baja supervisión materna y alta imposición paterna se asocian con la presencia de conductas problemáticas en los adolescentes.

González y cols. (2017), con el objetivo de conocer la relación entre las prácticas parentales y el nivel asertividad, agresividad y rendimiento académico en una muestra de jóvenes adolescentes de 13 años en promedio, aplicaron dos escalas de auto-reporte para medir las variables de interés. Concluyeron que, cuanto más bajo sea el grado de comunicación que el padre tiene con sus hijos, así como el conocimiento que tenga sobre las actividades de los mismos, mayor será el déficit en habilidades sociales que éstos presenten, lo cual se asocia con mayores índices de agresividad.

García, García y Casanova (2014) también examinaron la influencia de las prácticas parentales en el comportamiento agresivo de adolescentes españoles entre los 10 y 16 años de edad, para lo cual emplearon diversos instrumentos de auto-reporte. Encontraron que las prácticas parentales pueden explicar en gran medida estas conductas, siendo las prácticas de crítica y rechazo, así como la disciplina rígida e indulgente, importantes predictores de ellas.

DeGarmo (2010) realizó un estudio longitudinal en el que utilizó múltiples métodos que incluyeron observación directa de las prácticas de crianza y de la desobediencia de niños de entre 4 y 11 años de edad, así como entrevistas y cuestionarios tanto físicos como en medios digitales, buscando evaluar la cantidad y calidad del contacto que mantenían con sus

hijos los padres divorciados. Encontró que las prácticas de crianza coercitivas se asocian a ciertos niveles de desobediencia en niños y, por el contrario, las prácticas de crianza positiva se relacionan con menores niveles de desobediencia.

Plascencia (2009), por su parte, buscó conocer el razonamiento de niños y niñas sobre el uso de golpes y regaños como forma de sanción, a través de una entrevista a 30 niños de una escuela primaria de la ciudad de Aguascalientes. Dicha entrevista se dio antes y después de una intervención sociomoral basada en la narración de cuentos con historias hipotéticas que incluían la transgresión de un niño y una sanción de sus padres. Encontró que el empleo de castigo físico como forma de disciplina parental se encuentra ligado a una mayor conducta antisocial en los niños, produciendo efectos no deseados, beneficios inmediatos pero inconsistentes, y propiciando escenarios de transgresión parecidos a los que busca sancionar.

Rivera y Cahuana (2016) realizaron un estudio para determinar la influencia que la familia tiene sobre las conductas antisociales en adolescentes no institucionalizados, con una muestra conformada por 929 estudiantes de secundaria con edades comprendidas entre los 13 y los 17 años, a los cuales les aplicaron una batería de instrumentos para obtener datos sociodemográficos, conductas antisociales y funcionamiento familiar (i. e. relación, satisfacción, cohesión, adaptabilidad y comunicación). Obtuvieron como resultado que las prácticas disciplinarias caracterizadas por un maltrato físico o verbal incrementan la propensión de los adolescentes a emitir comportamientos antisociales.

Franco, Pérez y de Dios (2014) investigaron la relación entre las prácticas de crianza parental y el desarrollo de síntomas de ansiedad y comportamientos disruptivos en niños, utilizando una muestra de padres y madres españoles de niños entre 3 y 6 años de edad, a través de instrumentos de auto-reporte. Encontraron que los padres que presentan niveles bajos de disciplina reportaron niveles más altos de conducta agresiva de sus hijos (9.67) que aquéllos que presentan altos niveles de disciplina (4.64), siendo esta una diferencia estadísticamente significativa ($F=11.91$, $Sig.=.000$). De igual forma, los padres con bajos niveles de afecto arrojaron puntajes medios más altos en cuanto a la conducta agresiva de sus hijos (9.33) que los padres con altos niveles de afecto (6.45), con diferencias estadísticamente significativas ($F=5.34$, $Sig.=.027$).

Ibabe (2015) realizó un estudio en el que buscó analizar el papel de las relaciones paternofiliales y la disciplina familiar en el desarrollo de conductas violentas y prosociales

de los adolescentes hacia sus padres. Utilizó un conjunto de instrumentos de auto-reporte para la medición de las variables en estudio, mismos que administró a una muestra de 585 adolescentes españoles entre 12 y 18 años. Sus resultados apuntan a que las prácticas de disciplina coercitiva (castigo, coste de respuesta y supervisión autoritaria) se relacionan positivamente con la violencia física ($r=.27$, $r=.10$ y $r=.18$, respectivamente) y psicológica ($r=.58$, $r=.27$ y $r=.42$, respectivamente) de los hijos hacia los padres (todas en el nivel $p<.01$, a excepción de la correlación entre coste de respuesta y violencia física, con $p<.05$).

González (2013) realizó un estudio en el que buscó conocer la relación existente entre la conducta antisocial y los estilos de parentalidad, así como con las expectativas escolares en estudiantes de secundaria y bachillerato de la Ciudad de México. Para ello, empleó cuestionarios estandarizados. Obtuvo como resultados que los adolescentes que se han involucrado en conductas antisociales graves (robar valores de \$500 o más, forzar cerraduras para entrar en un lugar distinto a su hogar, atacar a alguien usando un objeto, vender drogas o usar un arma para obtener un objeto de otra persona) obtuvieron puntajes más bajos en las dimensiones de involucramiento positivo y aliento/apoyo que aquellos que no se han inmiscuido en ellas. Por otra parte, los puntajes de los adolescentes con conducta antisocial fueron mayores en las dimensiones de monitoreo negativo, educación evasiva y disciplina inconsistente. Esto se presentó tanto en hombres como en mujeres de secundaria y bachillerato, siendo estas diferencias estadísticamente significativas, salvo en el caso de las dimensiones de involucramiento positivo y educación evasiva en el grupo de mujeres de preparatoria.

Cutrín, Gómez y Luengo (2015), por su parte, midieron los efectos de las variables relativas al funcionamiento familiar (i. e. supervisión, apoyo y conflicto familiares) en el comportamiento antisocial de manera directa o indirecta, a través de amigos desviados. Evaluaron a un total de 764 participantes entre 14 y 21 años de edad, de los cuales 182 (24%) se encontraban en centros de adolescentes agresores y el resto escolarizados. Entre sus resultados obtuvieron que existen diferencias estadísticamente significativas entre los puntajes de los menores agresores y los escolarizados en cuanto al monitoreo parental, siendo mayores los puntajes del segundo grupo que los del primero. Además, encontraron que el monitoreo parental correlaciona negativamente con el comportamiento antisocial ($-.355$ para el grupo 1 y $-.363$ para el grupo 2, $p<.001$ en ambos casos).

Ordóñez (2011), por su parte, buscó establece la relación entre el apoyo parental, el consumo de alcohol, el maltrato percibido y el riesgo de conducta violenta en estudiantes universitarios en Venezuela. Encuestó a 450 estudiantes y, entre sus resultados, encontró que la ausencia de apoyo materno incrementa el riesgo de que el menor emita conductas violentas, al observarse una prevalencia de 10.81% en el grupo de alto riesgo, comparado con el 2.35% del grupo de bajo riesgo. El apoyo del padre no se relacionó significativamente con indicadores de comportamiento antisocial.

Martínez, Murgui, Musitu y Monreal (2008) realizaron un estudio en el que buscaron analizar las relaciones existentes entre variables familiares, como la autoestima familiar y el apoyo paterno y materno, escolares, como la autoestima escolar y la actitud hacia la escuela, y la violencia escolar en adolescentes españoles de entre 11 y 16 años. En sus resultados se observa que el apoyo tanto del padre ($AF = -.016$, $p < .001$; $AV = -.027$, $p < .001$) como de la madre ($AF = -.016$, $p < .001$, $AV = -.028$, $p < .001$) correlacionan negativamente con la agresión física y verbal en la escuela. Los autores agregan que la relación del apoyo paterno con la conducta violenta del adolescente en la escuela es directa, mientras que la del apoyo materno es indirecta, al promover factores protectores que influyen sobre estos comportamientos en el menor.

Gómez-Ortiz, Del Rey, Casas y Ortega-Ruiz (2014) estudiaron a una muestra incidental de 626 estudiantes de secundaria (49.7% mujeres) en España, buscando examinar la relación entre la implicación en bullying y la percepción de los estilos educativos parentales desde las dimensiones que los componen. Encontraron que los estudiantes involucrados en acoso escolar puntuaron más alto en control psicológico del padre ($M = 3.2881$, $DE = 1.1756$), de la madre ($M = 3.3371$, $DE = 1.2148$) y en el de ambos padres en conjunto ($M = 3.3237$, $DE = 1.1006$) que aquellos estudiantes que no se han visto involucrados en acoso escolar ($M = 2.8010$, $DE = 1.1152$; $M = 2.9103$, $DE = 1.1748$; y $M = 2.8545$, $DE = 1.1059$, respectivamente). Todas las diferencias fueron estadísticamente significativas ($p < 0.001$). Por el contrario, los adolescentes no involucrados en conductas de acoso escolar puntuaron más alto en las dimensiones de afecto y comunicación, promoción de la autonomía y control conductual de los dos padres juntos y por separado que los adolescentes involucrados en dichas conductas, siendo todas las diferencias estadísticamente significativas.

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

Gallarín y Alonso-Arbiol (2012) llevaron a cabo un estudio con 554 estudiantes de entre 16 y 19 años en el que midieron la relación de la conducta agresiva con las prácticas parentales, algo similar a lo que aquí se propone, con la diferencia de que dichas autoras evaluaron el papel mediador del apego del adolescente hacia sus padres. Encontraron que la conducta agresiva directa e indirecta presenta correlaciones negativas con la aceptación tanto del padre (-.124, $p < .01$) como de la madre (-.115, $p < .01$) y, por otra parte, se correlacionan positivamente con la imposición del padre (.171, $p < .01$) y la madre (.197, $p < .01$). En todos los casos las correlaciones son bajas, pero significativas. Además, las autoras indican que el apego del adolescente con su padre puede mediar en la relación de las prácticas parentales con el comportamiento agresivo, teniendo estas un efecto en la percepción de seguridad/inseguridad en el apego hacia los padres, y el apego inseguro al padre repercutiría en la agresividad del adolescente. Sus resultados también muestran una mayor relación de la agresión indirecta con el sexo masculino (.93, $p < .01$), mientras que el femenino se relaciona más con la agresión directa (.78, $p < .01$), contrario a lo que suele encontrarse en la investigación (Carroll et al., 2018; Fite et al., 2013).

De la Torre et al. (2014) examinaron la relación existente entre la percepción que los adolescentes tienen del estilo educativo (o estilo de crianza) de sus padres y el nivel de agresividad física y verbal, ira y hostilidad manifestada hacia sus pares. Tomaron una muestra de 371 estudiantes de entre 12 y 16 años, a los cuales administraron el Cuestionario de Agresividad (Buss y Perry, 1992). Sus resultados indicaron que los adolescentes que percibían a sus padres y madres como democráticos obtuvieron menores puntajes en las dimensiones del cuestionario de agresividad (AF, AV, Ira y Host) que aquéllos que percibían a sus padres como autoritarios. En cuanto a las dimensiones evaluadas, la disciplina rígida del padre (AF=.28, AV=.24, Ira=.27 y Host=.29; $p < .01$) y de la madre (AF=.27, AV=.26, Ira=.32 y Host=.30; $p < .01$) se asocia positivamente con las cuatro dimensiones de agresividad, mientras que el afecto paterno (AF=-.27, AV=-.20, Ira=-.21 y Host=-.22; $p < .01$) y el materno (AF=.28, AV=.24, Ira=.27 y Host=.29; $p < .01$), así como la disciplina inductiva paterna (AF=-.22, AV=-.10, Ira=-.13 y Host=-.09; $p < .01$) y materna (AF=-.21, AV=-.05, Ira=-.10 y Host=-.09; $p < .01$) se relacionan negativamente con ellas.

Los autores antes citados señalan también que el control conductual de los padres deja de tener influencia sobre los problemas conductuales de sus hijos conforme avanza la

adolescencia. Añaden que, aunque las prácticas parentales pierdan relevancia en etapas tardías de la adolescencia, el vínculo afectivo percibido por el adolescente con sus padres sigue siendo muy importante. Esto concuerda con lo reportado por Bosmans y cols. (2006), que llegaron a las mismas conclusiones: mientras las prácticas parentales (como el control conductual) van perdiendo influencia sobre la conducta y el desarrollo de los hijos a medida de que estos entran en etapas más avanzadas del desarrollo vital, el vínculo y apego que estos mantienen con los padres se mantiene como un factor determinante, por lo que, de acuerdo con los autores, los programas enfocados al entrenamiento de padres deben centrarse en la mejora de la calidad de las interacciones padres-hijo.

Varela et al. (2013) evaluaron a una muestra de 1723 adolescentes de 12 a 18 años, con el objetivo de analizar las diferencias entre adolescentes con alta y baja violencia escolar en aspectos individuales, escolares, comunitarios y familiares, entre los cuales se encontraba la comunicación del adolescente con sus dos padres. Entre sus resultados encontraron que los adolescentes del grupo de violencia baja reportan puntajes mayores en la apertura de sus madres que los del grupo de violencia alta ($F=44.775$, $p<.000$), mientras que los puntajes de este segundo grupo son mayores para las variables madre ofensiva ($F=75.120$, $p<.000$) y madre evitativa ($F=12.609$, $p<.000$). La tendencia es la misma en el caso del padre, donde el grupo de violencia baja reporta puntajes más altos que los del grupo de violencia alta en la apertura del padre ($F=52.913$, $p<.000$), y este segundo grupo puntúa más alto en padre ofensivo ($F=80.521$, $p<.000$) y padre evitativo ($F=60.607$, $p<.000$). De esta manera, los adolescentes más involucrados en comportamientos violentos son aquéllos que no mantienen una buena comunicación con sus padres.

Deutsch, Crockett, Wolff y Russell (2012) examinaron las trayectorias delictivas entre 2,277 adolescentes afroamericanos y 5,973 de origen europeo-americano, evaluando la influencia de las variables étnicas y del contexto en el que vivían (colonias de alto o bajo riesgo), así como de la influencia de las prácticas parentales y de los pares de los adolescentes. Respecto a esto último, encontraron que el bajo control parental se relaciona con la asociación del adolescente con pares desviados tanto en el grupo de europeos-americanos ($-.08$, $p<.01$) como en el de afroamericanos ($-.09$, $p<.01$), lo cual, a su vez, se relaciona con comportamientos delictivos en ambos grupos ($.35$ y $.23$, respectivamente, $p<.01$). El apoyo materno, por su parte, también influye en que el adolescente se relacione con pares desviados

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

y, además, influye directamente sobre la conducta delictiva del mismo. Cabe señalar que los autores emplean los conceptos de control parental y autonomía indistintamente. Por otro lado, el apoyo materno se relaciona con la asociación del adolescente con pares desviados en ambos grupos (-.18 y -.13, $p < .01$), así como con la delincuencia (-.16 y -.23, $p < .01$).

Planteamiento del Problema

Las conductas agresivas representan una de las problemáticas más relevantes en la actualidad (Llorca-Mestre, Malonda-Vidal y Samper-García, 2017) ya que, como se expuso anteriormente, sus consecuencias son muy variadas y perjudiciales tanto para la víctima como para el emisor. Además de ser uno de los principales motivos de consulta tanto en el ámbito clínico como en el educativo, gran parte de la investigación de los últimos años señala que la agresividad y otros comportamientos denominados externalizantes afectan aproximadamente a uno de cada cinco niños (Carter et al., 2010). De esta forma, se hace imperativo el estudio de los factores con los que estos comportamientos se encuentran asociados, sus causas, procesos y consecuencias, así como los posibles abordajes que de ella se pueden hacer desde técnicas eficaces que permitan alcanzar un mayor bienestar individual y social (Dishion et al., 1995; Sabeh, Caballero y Contini, 2017; Llorca-Mestre, Malonda-Vidal y Samper-García, 2017; Medrano et al., 2019).

Dicho estudio es particularmente importante durante la adolescencia, puesto que esta etapa supone un periodo crítico en el cual la conducta agresiva tiende a intensificarse, alcanzando un pico en la tasa de emisiones alrededor de los 16 años (Fung, 2019; Fite et al., 2013; Tremblay, 2000). Además, uno de los hallazgos más consistentes y claros en el estudio de la agresividad es que es un comportamiento estadísticamente predecible, es decir, es muy probable que un adolescente agresivo lo haya sido también en su niñez, y lo siga siendo en su etapa adulta, involucrándose en comportamientos de consecuencias cada vez más graves (Chu, 2019; Eron, 2002; Huesmann et al., 1984; Sanabria y Uribe, 2009). A pesar de esto, la mayor parte de las investigaciones realizadas se centran en poblaciones infantiles o de la adolescencia temprana (Llorca-Mestre, Malonda-Vidal y Samper-García, 2017; Medlow et al., 2016; Ruiz et al., 2019).

Por otra parte, si la agresión es aprendida, también puede ser “desaprendida”, es decir, se puede enseñar al sujeto a optar por conductas incompatibles, como el comportamiento prosocial; por lo que, de conocerse cuáles son las condiciones que posibilitan dicho

aprendizaje y qué lleva al adolescente a comportarse agresivamente, es posible instrumentar programas de prevención y tratamiento con bases en principios psicológicos sólidos y con fundamentos teóricos, que permitan prevenir y disminuir la conducta antisocial en la sociedad (Brooke y Orpinas, 2019; Eron, 2002). Para ello, es importante estudiar las trayectorias de comportamiento del adolescente.

Por lo anterior, se plantea la siguiente **pregunta de investigación**: ¿Cómo se relacionan las prácticas parentales de comunicación, autonomía, imposición, control psicológico y control conductual, con las conductas agresivas de los adolescentes de Aguascalientes, Ags?

Objetivo General

Analizar cómo se relacionan las prácticas parentales de comunicación, autonomía, imposición, control psicológico y control conductual, con la conducta agresiva en adolescentes de 14 a 19 años de edad de la ciudad de Aguascalientes, Ags.

Objetivos Específicos

- Evaluar la percepción que los adolescentes tienen de las prácticas parentales empleadas por sus padres.
- Comparar las prácticas parentales utilizadas por los padres de adolescentes que presentan comportamientos agresivos con las de los padres de aquellos que no los presentan.
- Evaluar la relación de la inconsistencia entre las prácticas paternas y las maternas con la conducta agresiva en el adolescente.
- Comparar la relación de diversos arreglos conjuntos de prácticas parentales con la conducta agresiva de los adolescentes.

Método

Se realizó un estudio no experimental, cuantitativo, transversal, de tipo correlacional.

Escenario

La aplicación de instrumentos que permitió obtener los datos necesarios se llevó a cabo en tres bachilleratos de la ciudad de Aguascalientes, Ags. Uno de los bachilleratos es de carácter público, mientras que los otros dos son privados.

Participantes

Se tomó una muestra no probabilística por conveniencia de 1,171 adolescentes escolarizados de entre 14 y 19 años de edad, con una media de 15.95 años (D. E.= 1.07), inscritos en tres centros de educación media-superior de la ciudad de Aguascalientes, Ags. 617 participantes fueron de sexo femenino (53%) y 554 de sexo masculino (47%). El 59% de los participantes reporta vivir con sus dos padres, mientras que el 19% vive únicamente con su madre y el 2% vive sólo con su padre. Otro 2% señala que vive con otro tutor, en su mayoría otros miembros de su familia, como abuelos o tíos. El 68% vive también con uno o más de sus hermanos. El 13% de la muestra reporta no tener ningún tipo de convivencia con su padre, y únicamente el 2% menciona que no convive con su madre.

Instrumentos

Para evaluar la conducta agresiva del adolescente, se utilizó el Cuestionario de Agresividad (AQ) de Buss y Perry (1992) en su versión reducida a 20 ítems –el instrumento original consta de 29- (Vigil-Colet, Lorenzo-Seva, Codorniu-Raga y Morales,2005). El cuestionario evalúa cuatro factores: agresión física, agresión verbal, ira y hostilidad. Consiste en una escala Likert que va de 1= Nunca a 5= Siempre. Para su interpretación, se promedian los puntajes totales de cada factor; a mayor puntaje, mayores son los niveles en los que se presenta dicho factor en el adolescente.

Para la valoración de la percepción del adolescente sobre las prácticas parentales que sus progenitores emplean, se aplicó la Escala de Prácticas Parentales de Andrade y Betancourt (PP-A, 2008). El instrumento mide de manera independiente (es decir, padre y madre por separado) la comunicación del adolescente con sus padres, la autonomía que fomentan sus padres en él, la imposición y el control psicológico que ejercen los padres hacia los adolescentes y, en el caso de la madre, la supervisión y conocimiento que ésta tiene sobre las actividades de sus hijos (esto se incluye en la dimensión de comunicación en el caso del

padre). Consta de 80 reactivos (40 para cada padre) con cuatro opciones de respuesta: nunca, pocas veces, muchas veces y siempre. Se califica promediando los puntajes de cada dimensión; cuanto mayores sean, mayor es la presencia de esa práctica percibida por el adolescente.

Adicionalmente, se incluyeron preguntas para obtener mayor información respecto a variables sociodemográficas, tales como “¿con quién vives?, ¿cuántos hermanos tienes?, ¿qué lugar ocupas entre tus hermanos?, ¿cómo es la relación con tu papá?, ¿cómo es la relación con tu mamá?”, entre otras. En cuanto a la valoración de los participantes respecto a la calidad de la relación con sus padres y madres, las opciones de respuestas fueron: 1=no tengo trato con él/ella; 2=muy mala; 3=mala; 4=regular; 5=buena y 6=muy buena.

Procedimiento

Con el objetivo de facilitar la aplicación de los instrumentos y la posterior captura de datos, se diseñó una hoja de respuestas que agrupa los dos instrumentos anteriormente descritos. La hoja de respuestas fue elaborada utilizando la aplicación electrónica ZipGrade, misma que permitió la captura de los datos mediante el escaneo de las hojas de respuesta a través de dispositivos móviles (teléfonos celulares). Una vez escaneadas, la aplicación permite descargar los datos en documentos de hoja de cálculo (Excel). La hoja fue diseñada para que el participante respondiera rellenando, preferentemente con un lápiz de madera, el círculo correspondiente a la respuesta seleccionada en cada uno de los reactivos. Asimismo, se incluyeron en ella espacios en los que se solicitaba al evaluado anotar su nombre, edad, sexo y plantel educativo al que pertenecía, así como el número de identificación (ID) que se le asignó en la institución, en caso de contar con uno.

Posteriormente, se gestionó el permiso necesario en cada una de las instituciones donde se administraron los instrumentos de medición. Se procedió entonces a llevar a cabo la aplicación de dichos instrumentos en cada uno de los grupos que forman parte de cada plantel educativo. Para ello se contó con el apoyo de estudiantes de la Licenciatura en Psicología de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, que se encontraban prestando su servicio social o realizando sus prácticas profesionales y que fueron capacitados previamente para la aplicación de los instrumentos. Se les indicó a los participantes que su participación era de carácter voluntario, y que la información proporcionada sería confidencial y se utilizaría únicamente para los fines del estudio.

Se otorgó a cada participante un cuadernillo con los reactivos de ambos instrumentos y sus opciones de respuesta, y éste respondió a cada uno de los reactivos (100 en total; 40 de la escala de prácticas parentales para la madre, 40 de la escala de prácticas parentales para el padre, y 20 del cuestionario de agresividad) en la hoja de respuestas que también le fue proporcionada. Cada aplicación duró aproximadamente 45 minutos, y se llevaron a cabo en el horario escolar, durante alguna de las horas de clase, en las propias instalaciones de las instituciones participantes. Se dio la instrucción a cada adolescente de responder utilizando lápiz de madera número 2, y se les proporcionó uno a cada estudiante que no contaba con él.

El análisis estadístico de los datos obtenidos se llevó a cabo empleando los paquetes estadísticos Excel y SPSS 22. Se obtuvieron estadísticos descriptivos y medidas de tendencia central referentes a los datos sociodemográficos de los participantes, y se llevaron a cabo análisis a través de pruebas estadísticas no paramétricas, como H de Kruskal-Wallis y ANOVA de una sola vía para comparar las medias de los grupos de participantes en las dimensiones evaluadas, así como Rho de Spearman para medir la correlación entre las dos variables en estudio, tomando como significativas todas aquellas correlaciones con $P < 0.05$. Además, se calcularon alphas de Cronbach para examinar la confiabilidad de los instrumentos empleados.

Resultados

Considerando que el objetivo central del presente trabajo se centra en analizar la relación entre las prácticas parentales y la conducta agresiva del adolescente, se decidió iniciar calculando las correlaciones entre las dimensiones de las prácticas parentales de la madre y las dimensiones de la conducta agresiva del adolescente. Dado que los datos no presentaron una distribución normal y que son de carácter ordinal, se decidió emplear estadísticos no paramétricos, en este caso, el estadístico Rho de Spearman. Se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre las cinco dimensiones que componen la escala de prácticas parentales de la madre (PP-M) y las cuatro que conforman la variable de conducta agresiva (CA). Lo anterior puede observarse en la Tabla 1.

Tabla 1. Correlaciones entre las dimensiones de prácticas parentales de la madre y las de la conducta agresiva.

	AF	AV	Ira	Host	CM	AM	IM	CPM	CCM
Agresión Física	1								
Agresión Verbal	.405**	1							
Ira	.382**	.536**	1						
Hostilidad	.285**	.382**	.530**	1					
Comunicación materna	-.200**	-.114**	-.175**	-.204**	1				
Autonomía materna	-.192**	-.098**	-.207**	-.231**	.656**	1			
Imposición materna	.178**	.261**	.289**	.226**	-.379**	-.501**	1		
Control psicológico materno	.261**	.277**	.337**	.331**	-.513**	-.565**	.662**	1	
Control conductual materno	-.315**	-.135**	-.163**	-.153**	.625**	.463**	-.169**	-.293**	1

Nota: **La correlación es significativa en el nivel 0.01

Como se puede ver, las correlaciones entre las dimensiones de CA y las de PP-M son de bajas a moderadas, siendo la más baja la que se presenta entre las dimensiones de AV y AM (-.098), mientras que la más alta se dio entre las dimensiones de Ira y CPM (.337). Las dimensiones de IM y CPM se relacionaron positivamente con las cuatro dimensiones de CA, mientras que las dimensiones de CM, AM y CCM se asociaron de manera negativa con ellas.

También se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre las dimensiones que integran la variable de prácticas parentales del padre (PP-P) y las que conforman la variable de conducta agresiva, como puede observarse en la Tabla 2.

Tabla 2. Correlaciones entre las dimensiones de prácticas parentales del padre y las de la conducta agresiva.

	AF	AV	Ira	Host	CCP	AP	IP	CPP
Agresión Física	1							
Agresión Verbal	.409**	1						
Ira	.391**	.544**	1					
Hostilidad	.309**	.391**	.542**	1				
Comunicación y control conductual paterno	-.166**	-.132**	-.161**	-.237**	1			
Autonomía paterna	-.264**	-.111*	-.179**	-.256**	.613**	1		
Imposición paterna	.291**	.199**	.233**	.206**	-.232**	-.498**	1	
Control psicológico paterno	.289**	.224**	.289**	.300**	-.434**	-.597**	.643**	1

Nota: **La correlación es significativa en el nivel 0.01

Nuevamente se observan las mismas tendencias que se presentaron en las dimensiones de las PP-M: en primer lugar, que las correlaciones son de bajas a moderadas, siendo la más baja la presentada entre las dimensiones de AV y AP (.111), y la más alta la que se dio entre las dimensiones Host. y CPP (.300). En segundo lugar, se vuelven a presentar asociaciones positivas entre las dimensiones IP y CPP y las cuatro que integran la CA, mientras que las de CCP y AP también se asociaron negativamente con la CA.

También se utilizó el coeficiente Rho de Spearman para evaluar si existe una relación entre la conducta agresiva y si el adolescente convive o no con alguno de sus padres, así como con la calidad de esa convivencia desde la percepción del adolescente. Como se muestra en la tabla 3, se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre dichas variables, principalmente en cuanto a la calidad de la convivencia del adolescente con sus padres.

Tabla 3. Correlaciones entre la convivencia del adolescente con sus padres y la conducta agresiva.

	CONVP	CONVM	RELP	RELM	AF	AV	Ira	Host
¿Convive con su papá?	1							
¿Convive con su mamá?	.110**	1						
¿Cómo es la relación con tu papá?	.433**	.075*	1					
¿Cómo es la relación con tu mamá?	.057	.197**	.373**	1				
Agresión Física	.034	-.049	-.093**	-.085*	1			
Agresión Verbal	-.050	-.027	-.105**	-.082*	.397**	1		
Ira	-.039	-.065*	-.128**	-.104**	.392**	.535**	1	
Hostilidad	-.007	-.070*	-.168**	-.167**	.288**	.389**	.537**	1

Nota: **La correlación es significativa en el nivel 0.01

Convivir con la madre se relaciona negativamente con las dimensiones de Ira y Hostilidad, mientras que el convivir con el padre no guarda una relación significativa con el comportamiento agresivo. Sin embargo, la calidad percibida por el adolescente de la relación que mantiene con sus dos progenitores sí se asocia significativamente y de manera negativa con las cuatro dimensiones de la Conducta Agresiva.

Para determinar si existen diferencias por sexo para las variables de AF, AV, Ira y Host, se utilizó el estadístico U de Mann-Whitney. La comparación de las medias de los dos grupos para dichas variables se presenta en la Figura 1. Se encontraron diferencias estadísticamente significativas en todas ellas, salvo en AV. Los participantes de sexo masculino presentan mayores niveles de AF ($p < .000$), mientras que las mujeres puntúan más alto para las variables de Ira ($p < .000$) y Host ($p < .008$).

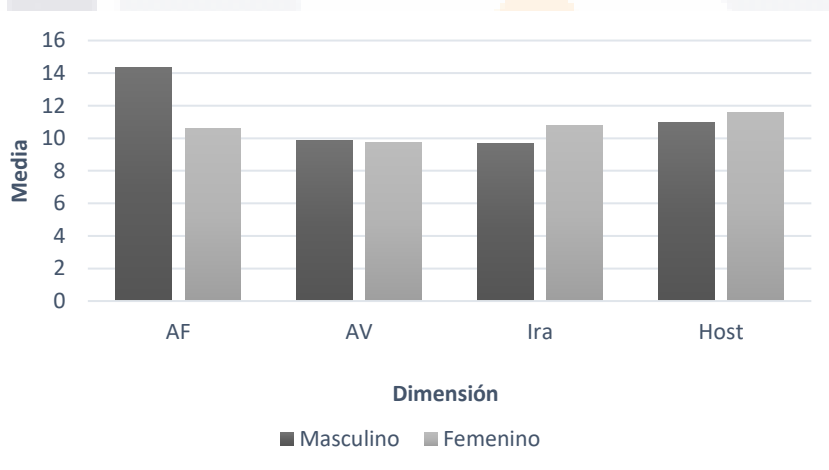


Figura 1. Medias por sexo para las dimensiones de CA.

Con base en los puntajes totales obtenidos en el Cuestionario de Agresividad ($\bar{x} = 46$, D. E. = 13), se clasificó a los participantes en tres categorías formadas a partir de la media más/menos una desviación estándar: 1) agresividad baja, 2) agresividad media y 3) agresividad alta. De esta manera, el primer grupo se conformó por aquéllos adolescentes que arrojaron puntajes iguales o menores a la media menos una desviación estándar (puntaje ≤ 34 ; $n = 225$), el segundo grupo por los que obtuvieron puntajes dentro del rango entre la media menos una D. E. y la media más una D. E. (puntajes entre 35 y 58; $n = 754$), y el tercer grupo estuvo integrado por los participantes cuyos puntajes fueron iguales o mayores a la media más una D. E. (≥ 59 ; $n = 192$). La Figura 2 muestra la distribución de la muestra por nivel de

agresividad, observándose que el grupo con más casos es el de agresividad media, y el de menos casos el de agresividad alta.

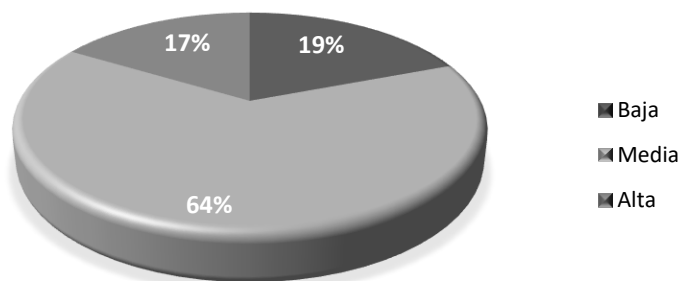


Figura 2. Distribución de la muestra por nivel de agresividad.

Luego de establecer los tres grupos, se procedió a comparar los valores obtenidos en las diferentes dimensiones de las prácticas parentales. En la Figura 3 se muestran las medias que cada grupo obtuvo en la escala PP-M. El grupo de agresividad baja puntuó más alto en las dimensiones de CM, AM y CCM, mismos en los que el menor puntaje fue obtenido por el grupo de agresividad alta. Por otra parte, los puntajes se presentaron de manera inversa en las dimensiones de IM y CPM, donde las medias más altas fueron obtenidas por el grupo de agresividad alta, mientras que las más bajas pertenecieron al grupo de agresividad baja.

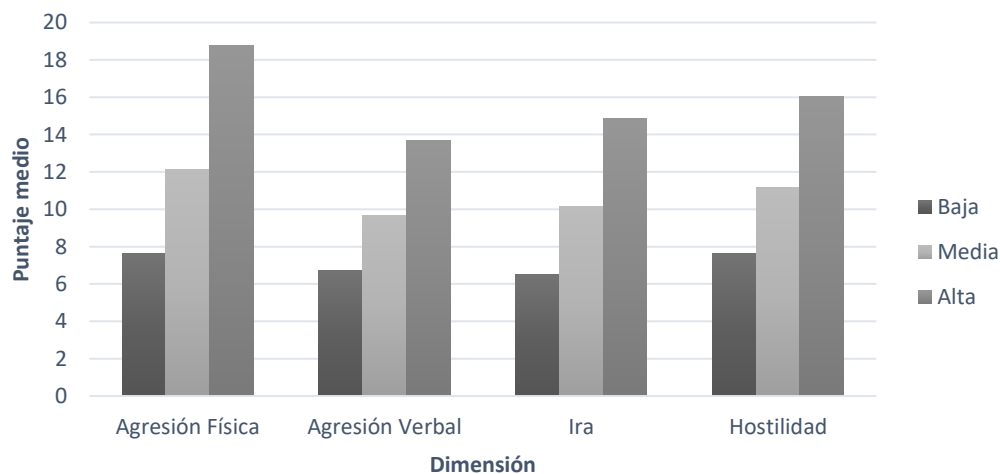


Figura 3. Medias en los puntajes de las variables del Cuestionario de Agresividad por niveles de agresividad.

Se utilizó la prueba H de Kruskal-Wallis para comparar las medias de los tres grupos, observándose diferencias significativas entre cada uno de ellos en las variables de Agresividad Física, Agresividad Verbal, Ira y Hostilidad. Los resultados se muestran en la tabla 4. Al revisar las comparaciones por parejas (ver Tabla 5), se puede observar que en todas ellas se presentaron diferencias estadísticamente significativas.

Tabla 4. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a la CA.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Agresividad Física	445.83	2	.000
Agresividad Verbal	446.98	2	.000
Ira	530.38	2	.000
Hostilidad	465.10	2	.000

Tabla 5. Comparaciones por parejas para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a la CA.

Dimensión	Grupos	Sig.
Agresividad Física	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000
Agresividad Verbal	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000
Ira	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000
Hostilidad	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000

Se calcularon también las medias de los tres grupos en cuanto a la valoración que le dan los participantes a la relación que tienen con sus padres. Como se puede observar en la Figura 4, los participantes del grupo de agresividad baja perciben que tienen una mejor relación tanto con sus padres como con sus madres que los de los grupos de agresividad media y alta.

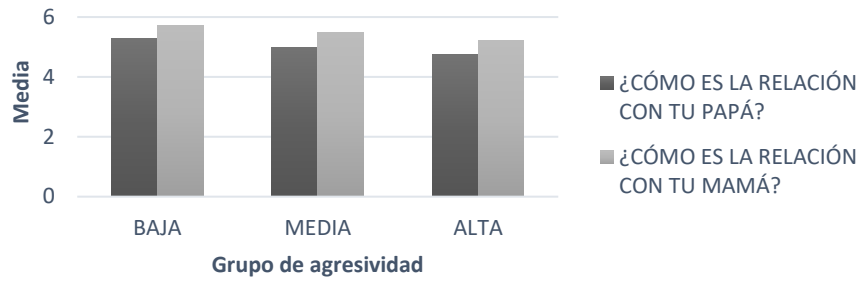


Figura 4. Medias de los grupos de agresividad en cuanto a la calidad de la relación del participante con sus padres.

Para verificar si dichas diferencias son estadísticamente significativas, se utilizó nuevamente la prueba H de Kruskal-Wallis (ver Tabla 6), la cual arrojó que, efectivamente, las diferencias entre los grupos son significativas para las dos variables: la calidad de la relación padre-adolescente y la calidad de la relación madre-adolescente. Las comparaciones por parejas (ver Tabla 7) permite determinar que las diferencias se presentan entre cada uno de los grupos, tanto en la relación con el padre como en la relación la madre.

Tabla 6. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a la calidad percibida de su relación con sus padres.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Calidad percibida de la relación adolescente-padre	27.981	2	.000
Calidad percibida de la relación adolescente-madre	26.030	2	.000

Tabla 7. Comparaciones por parejas para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a la CA

Dimensión	Grupos	Sig.
Calidad percibida de la relación adolescente-padre	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000
Calidad percibida de la relación adolescente-madre	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
	Media-Alta	.000

Luego de establecer los tres grupos, se procedió a comparar los valores obtenidos en las diferentes dimensiones de las prácticas parentales. En la Figura 5 se muestran las medias que cada grupo obtuvo en la escala PP-M. El grupo de agresividad baja puntuó más alto en las dimensiones de CM, AM y CCM, mismos en los que el menor puntaje fue obtenido por el grupo de agresividad alta. Por otra parte, los puntajes se presentaron de manera inversa en

las dimensiones de IM y CPM, donde las medias más altas fueron obtenidas por el grupo de agresividad alta, mientras que las más bajas pertenecieron al grupo de agresividad baja.

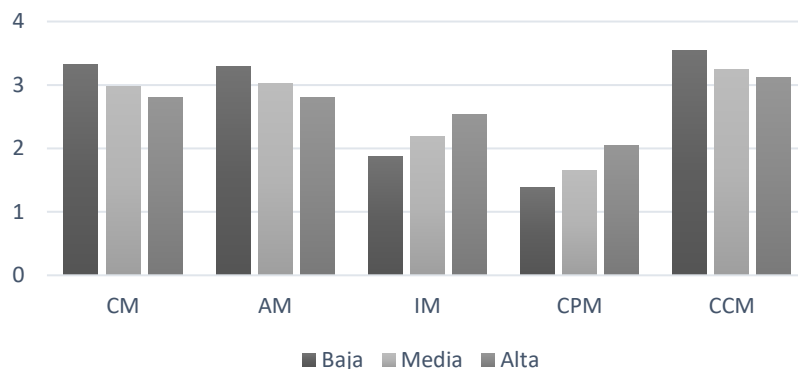


Figura 5. Medias en los puntajes de las variables de la Escala PP-M por grupos de niveles de agresividad. Nota: CM=Comunicación Materna; AM=Autonomía Materna; IM=Imposición Materna; CPM=Control Psicológico Materno; CCM=Control Conductual Materno.

A fin de determinar si las diferencias observadas en las PP-M se asociaban al nivel de agresión del adolescente, se optó por aplicar nuevamente la prueba H de Kruskal-Wallis, la cual arrojó como resultado que existen diferencias significativas entre las medias de los tres grupos en las cinco dimensiones de la escala PP-M (ver Tabla 8).

Tabla 8. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a las PP-M.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Comunicación Materna	63.059	2	.000
Autonomía Materna	62.818	2	.000
Imposición Materna	93.818	2	.000
Control Psicológico Materno	156.022	2	.000
Control Conductual Materno	68.402	2	.000

Las diferencias entre grupos se presentaron como se muestra en la Tabla 9. Para las dimensiones de AM, IM y CCM las diferencias fueron significativas en las comparaciones por parejas para los tres grupos. En la dimensión de CM, por otra parte, las diferencias significativas se presentaron al comparar los grupos de agresividad alta-agresividad baja y agresividad media-agresividad baja. Finalmente, en la dimensión de CPM, las diferencias significativas se dieron en las comparaciones entre los grupos de agresividad alta-agresividad media y agresividad alta-agresividad baja.

Tabla 9. Comparaciones por parejas para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a las PP-M.

Dimensión	Grupos	Sig.
Comunicación Materna	Alta-Baja	.000
	Media-Baja	.000
Autonomía Materna	Alta-Media	.018
	Alta-Baja	.000
Imposición Materna	Media-Baja	.000
	Alta-Media	.000
Control Psicológico Materno	Alta-Baja	.000
	Media-Baja	.001
	Alta-Media	.000
Control Conductual Materno	Alta-Baja	.000
	Alta-Media	.017
	Media-Baja	.000

De igual forma, en la Figura 6 se presentan las medias de cada grupo en los puntajes de las variables de PP-P. Al igual que en el caso de las PP-M, se puede notar que el grupo de agresividad baja arrojó los puntajes más altos en las dimensiones de CCP y AP, y que los puntajes menores en ambas dimensiones fueron los del grupo de agresividad alta. Por el contrario, el grupo de agresividad alta presentó los puntajes más altos en las dimensiones IP y CPP, donde los participantes con agresividad baja tuvieron las menores puntuaciones. Nuevamente se observan diferencias estadísticamente significativas en los resultados de la prueba estadística Kruskal-Wallis, presentados en la Tabla 10.

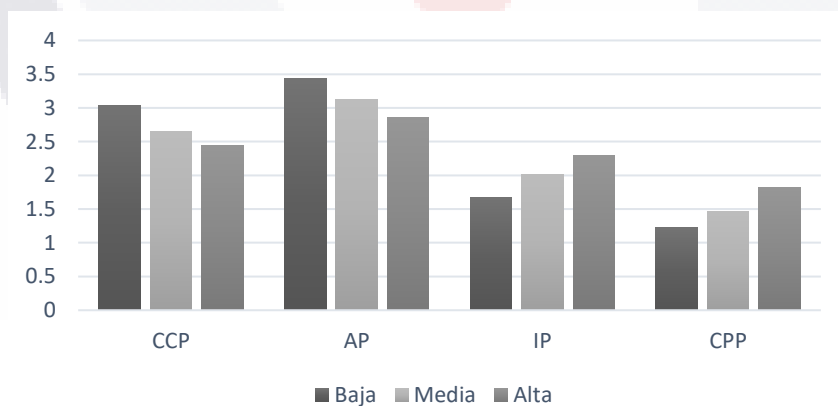


Figura 6. Medias en los puntajes de las variables de la Escala PP-P por grupos de niveles de agresividad. Nota: CCP=Comunicación y Control Conductual Paterno; AP=Autonomía Paterna; IP=Imposición Paterna; CPP=Control Psicológico Paterno.

Tabla 10. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a las PP-P

Dimensión	H	Gl	Sig.
Comunicación y Control Conductual Paterno	63.059	2	.000
Autonomía Paterna	62.818	2	.000
Imposición Paterna	93.818	2	.000
Control Psicológico Paterno	156.022	2	.000

En la Tabla 11 se muestran las diferencias estadísticamente significativas de las medias por grupos de niveles de agresividad en relación con las PP-P. Las comparaciones entre los grupos de agresividad alta-baja y media-baja arrojaron diferencias significativas en las dimensiones de CCP y AP. En la dimensión de IP se presentaron diferencias significativas en las comparaciones entre los grupos de agresividad alta-media y alta-baja y, finalmente, para la dimensión de CPP solo se presentó una diferencia significativa, entre los grupos de agresividad alta y agresividad media.

Tabla 11. Comparaciones por parejas para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a las PP-P.

Dimensión	Grupos	Sig.
Comunicación y Control Conductual Paterno	Alta-Baja	.000
	Media-Baja	.000
Autonomía Paterna	Alta-Baja	.000
	Media-Baja	.000
Imposición Paterna	Alta-Media	.000
	Alta-Baja	.000
Control Psicológico Paterno	Alta-Media	.000

Con el objetivo de evaluar si la consistencia o inconsistencia entre las prácticas paternas y las maternas (e. g. un alto control psicológico materno y bajo control psicológico paterno, alta autonomía materna y baja autonomía paterna, etc.) se relacionan con la conducta agresiva, se utilizó de nueva cuenta el coeficiente Rho de Spearman. Para ello se calificó con un 1 a los padres con prácticas consistentes entre sí, y un 2 a aquellas parejas con inconsistencia entre sus prácticas, esto desde la percepción de sus hijos. Las correlaciones se presentan en la Tabla 12.

Tabla 12. Correlaciones entre CONSPP y la CA.

	CONSC	CONSA	CONSI	CONSCP	CONSCC	AF	AV	Ira	Host
Consistencia CM-CCP	1								
Consistencia AM-AP	.191**	1							
Consistencia IM-IP	.213**	.289**	1						
Consistencia CPM-CPP	.206**	.239**	.470**	1					
Consistencia CCM-CCP	.507**	.183**	.165**	.213**	1				
Agresión Física	.044	.083**	.157**	.069*	.041	1			
Agresión Verbal	.057*	.088**	.162**	.105**	.074*	.405**	1		
Ira	.068**	.120**	.178**	.115**	.100**	.382**	.536**	1	
Hostilidad	.086**	.058*	.121**	.121**	.147**	.285**	.382**	.530**	1

Nota: **La correlación es significativa en el nivel 0.01

*La correlación es significativa en el nivel 0.05

Los resultados indican que existe una relación positiva entre una inconsistencia de prácticas paternas y maternas y la Conducta Agresiva. Por la forma en la que se calificó la variable de Consistencia entre PP, el hecho de que la correlación sea positiva indica que, cuanto mayor sea la diferencia entre las prácticas del padre y la madre de un adolescente, mayor será la probabilidad de que este se comporte de forma agresiva. Únicamente la consistencia entre la comunicación paterna y materna, así como en el control conductual de ambos, no se asociaron significativamente con la AF. Nuevamente se puede observar que las correlaciones son bajas, pero significativas. La más fuerte se presentó entre la CONSI y la Ira (.178), mientras que la más débil fue la que se dio entre la consistencia entre CONSC y la Ira (0.68).

También se realizó una comparación de medias de la Consistencia entre PP por cada uno de los grupos de agresividad. Los puntajes de cada grupo se muestran en la Figura 7, que permite percatarse de que el grupo de agresividad alta es el que reporta una mayor inconsistencia entre las prácticas de sus dos padres. El grupo de agresividad baja, por el contrario, es el que presenta los puntajes más bajos para esta variable.

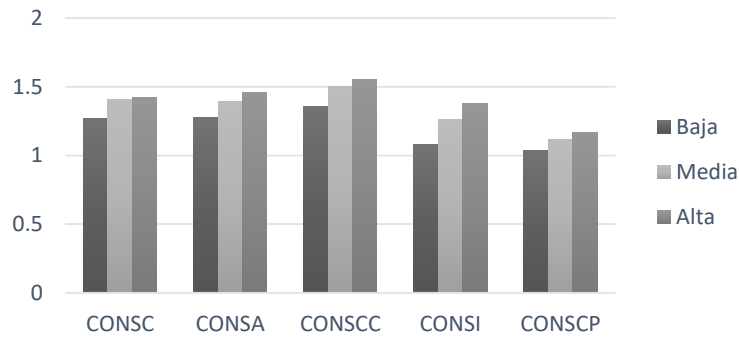


Figura 7. Medias por grupos de agresividad respecto a Consistencia de PP.

Nuevamente se hizo uso de la prueba estadística H de Kruskal Wallis para determinar si las diferencias entre las medias de los grupos eran estadísticamente significativas para la variable de Consistencia entre PP, encontrándose que, en efecto, existen dichas diferencias significativas (consultar Tabla 13).

Tabla 13. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a CONSPP

Dimensión	H	Gl	Sig.
CONSC	14.503	2	.000
CONSA	15.515	2	.000
CONSCC	19.144	2	.000
CONSI	49.800	2	.000
CONSCP	20.548	2	.000

Al analizar la comparación por parejas (Tabla 14), se puede ver que, para la mayoría de las dimensiones de PP, las diferencias se presentaron al comparar el grupo de agresividad baja con los grupos de agresividad media y agresividad alta. Únicamente la dimensión de CONSI presentó diferencias significativas en las comparaciones entre los tres grupos de agresividad.

Tabla 14. Comparaciones por parejas para las medias de los grupos por niveles de agresividad respecto a la CONSPP.

Dimensión	Grupos	Sig.
CONSC	Baja-Media	.001
	Baja-Alta	.007
CONSA	Baja-Media	.008
	Baja-Alta	.000
CONSCC	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
CONSI	Baja-Media	.000
	Baja-Alta	.000
CONSCP	Media-Alta	.003
	Baja-Media	.002
	Baja-Alta	.000

Con base en la literatura revisada y en la asociación que se ha observado entre las prácticas parentales en estudios previos, así como en los resultados que estas pueden producir en el desarrollo de los hijos, se consideró como positivas (+) a las prácticas de Comunicación, Autonomía y Control Conductual tanto en el padre como en la madre. Por otra parte, se clasificó como negativas (-) a las prácticas de Imposición y Control Psicológico en ambos padres. De acuerdo con los puntajes arrojados por los participantes en cada dimensión, se les clasificó también en nivel alto (promedios de 3 o 4) o nivel bajo (promedios de 1 o 2).

De esta manera, se obtuvieron niveles para las cinco dimensiones de la escala PP-M y las cuatro dimensiones de la escala PP-P. Una vez establecidas estas categorías, se agrupó a los participantes con base en la combinación de las prácticas empleadas por su padre y su madre por separado, y de ambos en conjunto. Así, por ejemplo, una posible combinación en las prácticas maternas presentaría tres prácticas positivas altas y dos prácticas negativas altas; otra combinación arrojaría tres prácticas positivas altas, una práctica negativa alta y una práctica negativa baja; una tercera combinación estaría conformada por tres prácticas positivas altas y ninguna práctica negativa alta, y así sucesivamente. Se excluyeron de los análisis las combinaciones que se presentaron en menos de diez participantes, obteniéndose en total diez grupos para prácticas parentales maternas (PP-M), siete grupos para prácticas parentales paternas (PP-P) y 17 grupos para las prácticas parentales de ambos padres (PP). La conformación de los grupos puede observarse en la tabla 15.

Tabla 15. Conformación de los grupos por combinaciones de prácticas parentales.

Grupo	PP-M		PP-P		PP	
	VARIABLES POSITIVAS ALTAS	VARIABLES NEGATIVAS ALTAS	VARIABLES POSITIVAS ALTAS	VARIABLES NEGATIVAS ALTAS	VARIABLES POSITIVAS ALTAS	VARIABLES NEGATIVAS ALTAS
1	1	2	0	0	5	1
2	0	2	1	0	5	0
3	3	1	2	0	4	2
4	2	1	0	1	4	1
5	1	1	1	1	4	0
6	0	1	2	1	3	2
7	3	0	0	2	3	1
8	2	0			3	0
9	1	0			2	2
10	0	0			2	1
11					2	0
12					1	2
13					1	1
14					1	0
15					0	2
16					0	1
17					0	0

Una vez formados los grupos, se procedió a calcular sus puntajes promedio en las cuatro dimensiones que componen la variable de Conducta Agresiva, mismos que se muestran en las figuras 8, 9 y 10, respectivamente.

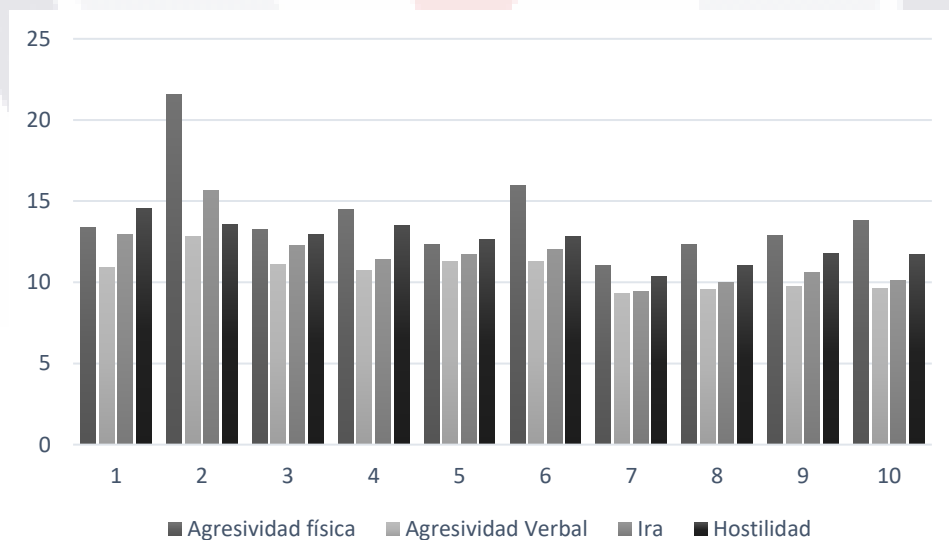


Figura 8. Medias obtenidas por los grupos de PP-M en las cuatro dimensiones de Conducta Agresiva.

Al comparar las medias a través de la prueba de Kruskal-Wallis, observamos diferencias estadísticamente significativas entre los grupos de Combinaciones de PP-M para las variables de AF, AV, IRA y HOST, como puede verse en la tabla 16. Para la variable de AF, el grupo 2 de PP-M difirió significativamente de los grupos 5 ($P<0.010$), 7 ($P<0.000$), 8 ($P<0.002$) y 9 ($P<0.014$). De igual forma, el grupo 7 presentó diferencias significativas en relación a los grupos 4 ($P<0.003$), 6 ($P<0.000$), 9 ($P<0.001$) y 10 ($P<0.000$). Finalmente, también se observaron diferencias estadísticamente significativas entre el grupo 9 y el 6 ($P<0.035$).

Tabla 16. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por combinaciones de PP-M respecto a la CA.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Agresividad Física	89.944	9	.000
Agresividad Verbal	50.247	9	.000
Ira	86.594	9	.000
Hostilidad	64.273	9	.000

En cuanto a la variable de AV, únicamente se encontraron diferencias estadísticamente significativas en tres comparaciones: entre el grupo 7 y los grupos 5 ($P<0.000$) y 6 ($P<0.002$), y entre el grupo 8 y el grupo 5 ($P<0.017$). En la variable de IRA, las diferencias significativas se presentaron en las comparaciones entre el grupo 7 y los grupos 2 ($P<0.000$), 5 ($P<0.000$), 6 ($P<0.000$), 9 ($P<0.000$), 1 ($P<0.007$) y 3 ($P<0.000$). El grupo 8, por su parte, difiere significativamente del 6 ($P<0.034$) y del 2 ($P<0.000$), mientras que el grupo 10 lo hace respecto del 2 ($P<0.000$). Por último, el grupo 9 también presenta diferencias significativas con el 2 ($P<0.000$). Respecto a la variable HOST, el grupo 7 de PP-M arrojó diferencias estadísticamente significativas al ser comparado con los grupos 9 ($P<0.000$), 10 ($P<0.005$), 5 ($P<0.006$), 4 ($P<0.000$) y 1 ($P<0.001$).

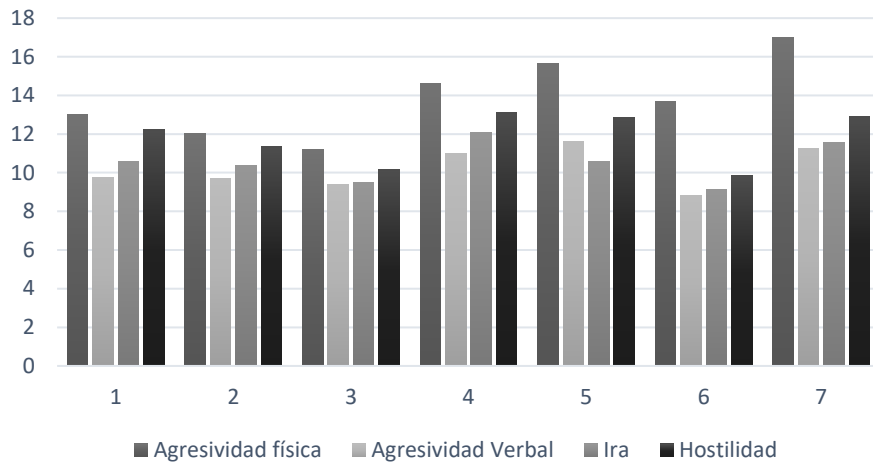


Figura 9. Medias obtenidas por los grupos de PP-P en las cuatro dimensiones de Conducta Agresiva.

Nuevamente se utilizó la prueba Kruskal-Wallis para comparar las medias arrojadas por los 7 grupos resultantes de las combinaciones de PP-P (Figura 9), encontrándose diferencias estadísticamente significativas en las cuatro dimensiones de la CA, mismas que se muestran en la tabla 17.

Tabla 17. Prueba de Kruskal-Wallis para las medias de los grupos por combinaciones de PP-P respecto a la CA.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Agresividad Física	66.080	6	.000
Agresividad Verbal	31.836	6	.000
Ira	45.435	6	.000
Hostilidad	81.589	6	.000

En la variable de AF, el grupo 3 presenta diferencias significativas en comparación con los grupos 1 ($P < 0.000$), 4 ($P < 0.000$), 5 ($P < 0.007$) y 7 ($P < 0.000$). El grupo 2, por su parte, difiere de los grupos 4 ($P < 0.001$) y 7 ($P < 0.002$). En la variable de AV sólo se presentaron tres diferencias estadísticamente significativas: entre el grupo 3 y los grupos 4 ($P < 0.001$) y 5 ($P < 0.037$), y entre el grupo 2 y el 4 ($P < 0.049$). Para la variable de IRA, las diferencias se observaron en las comparaciones entre el grupo 3 y los grupos 2 ($P < 0.011$), 1 ($P < 0.003$) y 4 ($P < 0.000$); entre el grupo 2 y el 4 ($P < 0.006$), y entre el grupo 1 y el 4 ($P < 0.049$). Por último, en la variable HOST, las diferencias se observaron entre el grupo 3 y los grupos 2 ($P < 0.000$), 1 ($P < 0.000$), 5 ($P < 0.033$), 4 ($P < 0.000$) y 7 ($P < 0.011$), y entre el grupo 2 y el grupo 4 ($P < 0.023$).

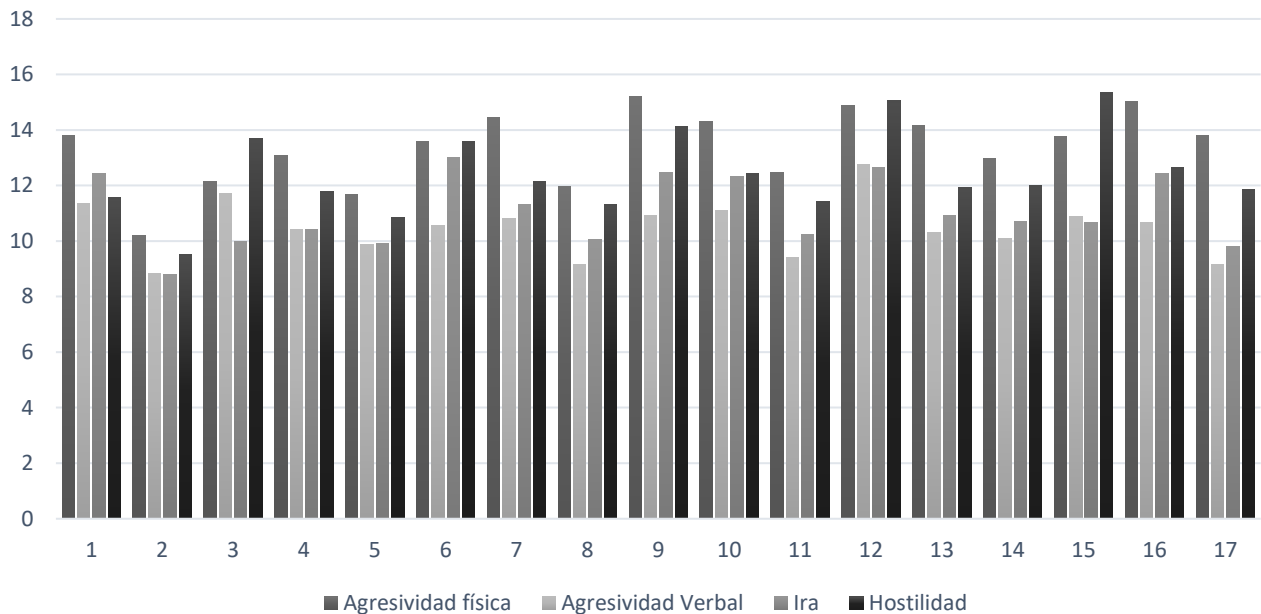


Figura 10. Medias obtenidas por los grupos de PP en las cuatro dimensiones de Conducta Agresiva.

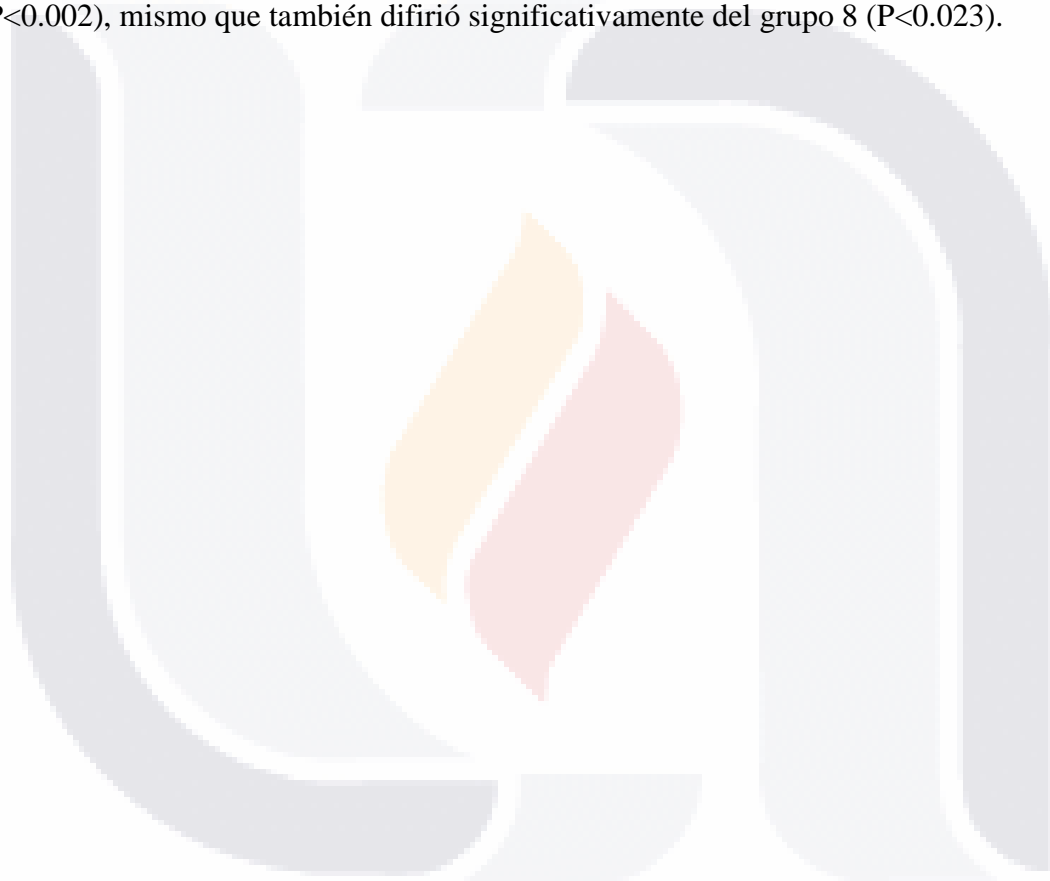
Para los grupos formados por las combinaciones de PP la prueba Kruskal-Wallis confirmó diferencias estadísticamente significativas en las cuatro dimensiones de la CA, las cuales se presentan en la tabla 18.

Tabla 18. Prueba de Kruskal-Wallis para los grupos por combinación de PP respecto a la CA.

Dimensión	H	Gf	Sig.
Agresividad Física	93.898	16	.000
Agresividad Verbal	75.176	16	.000
Ira	96.980	16	.000
Hostilidad	107.616	16	.000

Para la variable de AF, el grupo 2 presenta diferencias significativas en relación a los grupos 11 ($P < 0.004$), 14 ($P < 0.001$), 17 ($P < 0.001$), 13 ($P < 0.002$), 10 ($P < 0.001$), 7 ($P < 0.000$), 12 ($P < 0.007$), 16 ($P < 0.001$) y 9 ($P < 0.025$). Además, el grupo 5 difiere del 7 ($P < 0.036$). Respecto a la variable de AV, el grupo 2 arrojó diferencias significativas respecto a los grupos 7 ($P < 0.000$), 10 ($P < 0.001$) y 12 ($P < 0.000$). El grupo 8, por su parte, difirió del 7 ($P < 0.035$) y del 12 ($P < 0.001$). Otra diferencia significativa se presentó entre el grupo 17 y el 12 ($P < 0.008$). El grupo 12 también difirió del 11 ($P < 0.013$) y del 5 ($P < 0.039$).

En cuanto a la variable IRA, nuevamente el grupo 2 presentó la mayor cantidad de diferencias: con los grupos 5 ($P<0.031$), 8 ($P<0.033$), 11 ($P<0.020$), 14 ($P<0.001$), 13 ($P<0.033$), 7 ($P<0.000$), 1 ($P<0.023$), 10 ($P<0.000$), 9 ($P<0.035$), 16 ($P<0.000$) y 12 ($P<0.000$). Para la variable HOST la tendencia se mantuvo, al observarse diferencias entre el grupo 2 y los grupos 5 ($P<0.013$), 8 ($P<0.001$), 11 ($P<0.000$), 13 ($P<0.034$), 17 ($P<0.001$), 14 ($P<0.000$), 7 ($P<0.000$), 16 ($P<0.015$), 10 ($P<0.000$), 9 ($P<0.004$), 15 ($P<0.034$) y 12 ($P<0.000$). Adicionalmente, el grupo 5 presentó una diferencia significativa respecto del 12 ($P<0.002$), mismo que también difirió significativamente del grupo 8 ($P<0.023$).



Discusión

El presente trabajo de tesis tuvo como objetivo analizar la relación entre las prácticas parentales y la conducta agresiva en una muestra de estudiantes de nivel bachillerato de la ciudad de Aguascalientes, Ags. Se esperaba encontrar resultados que evidenciaran una relación negativa de las prácticas de comunicación, autonomía y control conductual con los comportamientos agresivos en los jóvenes; y, por otro lado, se esperaba observar una asociación positiva entre la conducta agresiva y las prácticas de imposición y control psicológico.

En primer lugar, se encontró que el 17% de los adolescentes participantes presentan altos niveles de agresión. Esto representa una prevalencia similar a la encontrada en estudios como el de Fung (2011), donde alrededor del 19% de los niños y adolescentes participantes fueron identificados como agresores de diferentes tipos (11.2% agresores reactivos, 2.6% agresores proactivos y 5.9% agresores reactivos y proactivos); y al 17.2% que reportaron haber agredido físicamente a algún compañero en los seis meses anteriores en el estudio de Wong (2004). En una muestra española, Garaigordobil y Maganto (2016) encontraron que el 16.6% de los participantes presentaban altos niveles de conducta antisocial (entre las cuales se encuentran comportamientos agresivos), una cifra también semejante a la aquí obtenida. Por otra parte, las autoras mencionan que los hombres fueron los que reportaron mayor prevalencia de conductas antisociales.

En este sentido, en los resultados aquí presentados se observa que los varones obtuvieron puntajes significativamente mayores que las mujeres para la dimensión de Agresividad Física, mientras que en la variable de Agresividad Verbal no existieron diferencias estadísticamente significativas entre los dos grupos. Esto concuerda con lo reportado en estudios previos (Carroll et al., 2018; Fite et al., 2013), donde se ha señalado que los hombres tienden a recurrir más a la agresión física que las mujeres. En cuanto a las variables de Ira y Hostilidad, son estas las que puntúan más alto que los primeros. A pesar de que las mujeres obtuvieron puntajes más altos en dos de las tres dimensiones de Conducta Agresiva, y que no existieron diferencias significativas en una tercera, representan solo el 45% de los participantes con agresividad alta.

El hecho de que las mujeres, aun siendo las que presentan mayores niveles de Ira y Hostilidad que los hombres, reporten niveles más bajos de agresiones físicas pudiera ser

indicador de que, por algún motivo, están siendo capaces de inhibir de mejor forma esa predisposición a comportarse agresivamente que en el caso de los hombres. Aunque no es posible determinar con precisión a qué se debe, podría tratarse de características individuales, como autocontrol, mejores habilidades de resolución de problemas o mejor manejo de sus emociones; o a factores contextuales, por ejemplo, que culturalmente se suele castigar más la agresividad en mujeres que en hombres, donde generalmente es concebida incluso como una muestra de masculinidad y le brinda al adolescente popularidad y un estatus de mayor jerarquía en sus grupos sociales (Sabeh, 2017).

La relación entre las variables de estudio se comprobó mediante el cálculo de correlaciones entre variables a través del estadístico Rho de Spearman, que arrojó como resultado que las prácticas, tanto del padre como de la madre, de Comunicación, Autonomía y Control Conductual, se asocian de manera negativa con la conducta agresiva, mientras que las prácticas de Imposición y Control Psicológico se relacionan positivamente con ella. A pesar de que los índices de correlación son de moderados a bajos (con valores desde $-.098$ hasta $.337$), son estadísticamente significativos. Estos resultados concuerdan con lo reportado en la literatura (García et al., 2014; González et al., 2017; Gunn et al., 2019; Luk et al., 2016; Márquez et al., 2014; Morales et al., 2015; Palacios y Andrade-Palos, 2008; Varela et al., 2013).

El hecho de que los índices de correlación sean de moderados a bajos puede ser indicativo de que, aunque las prácticas parentales siguen estando asociadas a determinados comportamientos en los hijos, como, en este caso, la emisión de conductas agresivas, el comportamiento de los padres pierde influencia conforme el hijo se acerca a la adultez, tomando mayor relevancia otras variables como, por ejemplo, la influencia de los pares (De la Torre et al., 2014; Bosmans et al., 2006; Shaffer y Kipp, 2007; Deutsch et al., 2012).

De igual forma, se encontraron correlaciones estadísticamente significativas entre la conducta agresiva del adolescente y la calidad de la relación que éste percibe que tiene con su padre y madre. Dicha correlación se presentó en sentido negativo, por lo que, de acuerdo con estos resultados, entre mejor sea la calidad percibida de la relación adolescente-padre y adolescente-madre, menor será la propensión de éste a emitir comportamientos agresivos. Cabe señalar que el nivel de asociación entre las variables fue ligeramente mayor en el caso del padre que en el de la madre, aunque en ambos casos la correlación es baja. Esto podría

representar un indicador de que la relación con el padre puede jugar un papel más relevante que el de la madre en cuanto al desarrollo del comportamiento agresivo en el adolescente.

Acerca de la importancia del rol del padre y su influencia sobre el comportamiento del hijo(a), Jiménez-Barbero (2014) señala que los hijos varones tienden a rebelarse ante la autoridad/autoritarismo de la madre, mientras que aceptan la del padre, posiblemente por la menor participación del padre en la socialización del hijo: como es la madre la que habitualmente establece límites a la conducta del hijo, mientras los padres intervienen solo ocasionalmente, el adolescente podría darle mayor valor a la disciplina del padre, en detrimento de la de la madre.

Respecto a la importancia de que exista una consistencia entre las prácticas paternas y las maternas (Jiménez-Barbero, 2016), los resultados obtenidos indican que, en efecto, el contraste significativo entre las prácticas que emplean el padre y la madre se relaciona positivamente con el comportamiento agresivo en el adolescente. Por lo tanto, si uno de los padres mantiene altos niveles de control conductual, mientras que el otro emplea poco esa práctica, o si uno recurre poco a la imposición, pero el otro lo hace con mucha frecuencia, por poner un par de ejemplos; la probabilidad de que el adolescente emita constantes comportamientos agresivos será mayor. Esto implica que, contrario a lo que argumentan otros autores (Gómez-Ortíz et al., 2015; Lansford et al., 2014), el hecho de que uno de los dos padres utilice prácticas positivas (Comunicación, Autonomía, Control Conductual) no necesariamente disminuye los efectos negativos de las prácticas como la Imposición y el Control Psicológico que pudieran estar siendo empleadas por el otro progenitor.

Al agrupar a los participantes por su nivel de agresividad y comparar sus puntajes promedio en cuanto a la relación que mantienen con sus padres, podemos observar que dicha variable pudiera tener un papel importante en la manifestación de conductas agresivas en los hijos, puesto que aquéllos que presentaron niveles altos de agresividad obtuvieron puntajes más bajos en la calidad de la relación con sus padres que los participantes que presentan niveles medios o bajos de agresividad, siendo estas diferencias estadísticamente significativas. Esto refuerza la hipótesis de que lo importante no es si el adolescente convive o no con alguno de sus padres, ni tampoco cuánto tiempo lo haga, sino la calidad de esa convivencia: aparentemente, cuanto mejor sea la relación que el adolescente mantiene con sus padres, menor será su tendencia a comportarse de forma agresiva, en concordancia con

lo que plantean otros autores (Gallarín y Alonso-Arbiol, 2012; De la Torre et al., 2014; Bosmans et al., 2006; Mestre et al., 2007). Es importante realizar estudios que permitan profundizar en esto.

En cuanto a las prácticas parentales, la conclusión que podemos alcanzar a raíz de los resultados es similar a lo que se ha observado en otros estudios: prácticas como la Comunicación, la Autonomía y el Control Conductual se relacionan de forma positiva con consecuencias deseables en el desarrollo del adolescente, en este caso, funcionando como un factor que disminuye la probabilidad de que el joven actúe agresivamente (Cutrín et al., 2015; Deutsch et al., 2012; González et al., 2017; Ruvalcaba et al., 2016; Varela et al., 2013), mientras que las prácticas de Imposición y Control Psicológico tienen una relación negativa con los comportamientos deseados en los hijos, por ejemplo, incrementando su propensión a la emisión de conductas de agresión (De la Torre et al., 2014; Méndez et al., 2013; Palacios y Andrade-Palos, 2008). Esto puede observarse al comparar los puntajes de los participantes respecto a las Prácticas Parentales: los adolescentes del grupo de agresividad baja puntuaron significativamente más alto que los grupos de agresividad media y alta en las prácticas positivas (Comunicación, Autonomía y Control Conductual), y sus puntajes fueron más bajos en las prácticas negativas (Imposición y Control Psicológico) que los de dichos grupos.

El formar categorías de acuerdo a los niveles en los que los padres emplean las cinco prácticas parentales evaluadas permite observar con mayor detalle qué patrones conductuales del padre y la madre (tanto por separado como en conjunto) tienen mayor relación con la emisión de conductas agresivas por parte del adolescente, sea esta relación positiva o negativa. Es decir, al analizar estas categorías es posible observar qué patrón o arreglo en particular de prácticas parentales es el que se asocia a mayores niveles de agresividad del adolescente. De esta manera, la principal diferencia de este estudio en relación con otros (García et al., 2014; González et al., 2017; Gunn et al., 2019; Luk et al., 2016; Márquez et al., 2014; Morales et al., 2015; Palacios y Andrade-Palos, 2008; Varela et al., 2013) es que aquí se analiza el arreglo conjunto de cinco prácticas parentales en lugar de solo analizarlas por aislado.

Se parte de la consideración de que, con base en la literatura revisada, tres de las prácticas aquí abordadas tendrían un impacto positivo en el adolescente al disminuir su tendencia a recurrir a la agresión: la Comunicación, la Autonomía y el Control Conductual,

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

tanto paternos como maternos. Por otra parte, la Imposición y el Control Psicológico del padre y de la madre incrementarían la propensión del adolescente a comportarse agresivamente, por lo que se les considera aquí como prácticas negativas. Por lo tanto, hipotéticamente, un arreglo ideal incluiría altos niveles de las tres prácticas positivas (Comunicación, Autonomía y Control Conductual) y niveles bajos de las dos prácticas negativas (Imposición y Control Psicológico), mientras que, por el contrario, la combinación más contraproducente sería la formada por bajos niveles de las prácticas positivas y altos de las prácticas negativas.

En el caso de la madre, la combinación “ideal” estaría representada en este trabajo por el Grupo 7 (tres prácticas positivas altas y ninguna práctica negativa alta), mientras que en el caso del padre dicha combinación corresponde al Grupo 3 (dos prácticas positivas altas y ninguna práctica negativa alta), y en la combinación de ambos padres, se trata del Grupo 2 (cinco prácticas positivas altas y ninguna práctica negativa alta). Por otra parte, los grupos con “peores” combinaciones son el Grupo 2 de prácticas parentales maternas (ninguna práctica positiva alta, dos prácticas negativas altas), el Grupo 7 de prácticas parentales paternas (ninguna práctica positiva alta y dos prácticas negativas altas) y el Grupo 15 de las prácticas de ambos padres (ninguna práctica positiva alta, dos prácticas negativas altas).

Al comparar los puntajes arrojados por los grupos de combinaciones de Prácticas Parentales Maternas en las cuatro dimensiones de Conducta Agresiva podemos constatar que, efectivamente, el Grupo 7 es el que puntúa más bajo, mientras que el Grupo 2 presenta los puntajes más altos en tres de las cuatro dimensiones, únicamente en la dimensión de hostilidad es superado por el Grupo 1 (una práctica positiva alta y dos prácticas negativas altas). Por lo tanto, se observa que un adolescente cuya madre emplee bajos niveles de imposición y control psicológico en conjunto con altos niveles de comunicación, autonomía y control conductual, será menos propenso a comportarse agresivamente.

La deseabilidad hipotética de los grupos de combinaciones de PP-P no se cumple del todo al observar los puntajes promedio que obtuvieron los distintos grupos en las dimensiones de Conducta Agresiva, siendo la Agresividad Física la única de esas dimensiones en las cuales el grupo 3 presenta la puntuación más baja y el grupo 7 la más alta, con una diferencia estadísticamente significativa. Sin embargo, en las otras tres dimensiones de Conducta Agresiva, la media más baja fue la correspondiente al grupo 6 (dos prácticas

positivas altas y una práctica negativa alta). En la dimensión de Agresividad Verbal el mayor puntaje se presentó en el grupo 5 (una práctica positiva alta y una práctica negativa alta), mientras que el grupo 4 (cero prácticas positivas altas y una práctica negativa alta) fue el que puntuó más alto tanto en Ira como en Hostilidad. A pesar de eso, las diferencias entre estos grupos no son estadísticamente significativas, mientras que las presentadas entre los grupos 3 y 7 sí lo son, salvo en la dimensión de Ira.

Finalmente, en cuanto a la comparación de los grupos por combinación de prácticas de ambos padres, el grupo 2, que se compone de cinco prácticas positivas altas y ninguna práctica negativa alta, se confirma como la combinación “ideal”, pues presenta los puntajes promedio más bajos en las cuatro dimensiones de Conducta Agresiva. Sin embargo, no se presentó un solo grupo que se erigiera como el más riesgoso para la manifestación de comportamientos agresivos, puesto que cuatro grupos distintos arrojaron las medias más altas en cada dimensión de Conducta Agresiva.

En el caso de la Agresividad Física, el mayor puntaje medio fue el obtenido por el Grupo 9, compuesto por la combinación de dos prácticas positivas altas y dos prácticas negativas altas. En la dimensión de Agresividad Verbal, el puntaje más alto fue el del Grupo 12, es decir, el de la combinación de una práctica positiva alta y dos prácticas negativas altas. En lo que respecta a la dimensión de Ira, el grupo con el mayor puntaje fue el 6, correspondiente a la combinación de tres prácticas positivas altas y dos negativas altas. Por último, en la dimensión de Hostilidad, el grupo 15 obtuvo el puntaje más alto, estando conformado por cero prácticas positivas altas y dos negativas altas. Salvo en el caso de la dimensión de Ira, todas las diferencias entre estos grupos y el Grupo 2 son estadísticamente significativas ($P < .023$, $P < .000$ y $P < .000$, respectivamente).

Los resultados observados en las comparaciones de los grupos de combinaciones de los dos padres en conjunto pueden tener repercusiones importantes, puesto que de ellos se puede extraer que resulta de gran importancia procurar mantener en niveles bajos el uso de prácticas negativas como la Imposición y el Control Psicológico por parte de los padres, ya que, de presentarse, los niveles de Agresividad Física, Agresividad Verbal, Ira y Hostilidad pueden elevarse, aún en combinación con niveles altos de prácticas parentales positivas, como se puede ver en los Grupos 9, 12 y 6. Esto puede ser un indicador de que, contrario a lo planteado por Gómez-Ortiz y cols. (2015), así como por Lansford y cols. (2014), no basta

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

con que uno de los padres emplee prácticas positivas para minimizar los efectos de las prácticas negativas del otro padre, o de sí mismo.

Una limitante importante que se debe señalar en el presente trabajo de investigación es que no se evaluó la percepción de los padres sobre sus propias prácticas de crianza, lo cual habría enriquecido la información y, por ende, los resultados del estudio (Oudhof et al., 2012). Evaluar la perspectiva del padre sería de especial importancia, pues es un factor que ha sido poco retomado en la investigación referente a este tema, normalmente centrada en el adolescente y su madre (Lansford et al., 2014).

Otra limitante es el muestreo realizado: a pesar de que se tomó a una cantidad de participantes mayor a la que normalmente se utiliza en esta clase de estudios, no se les seleccionó aleatoriamente ni se puede asegurar que sea una muestra representativa de la población, lo cual limita la generalización de los resultados aquí presentados. Además, el evaluar la conducta agresiva desde un instrumento de autorreporte no garantiza que no existan respuestas influenciadas por la deseabilidad social, al tratarse de conductas desaprobadas socialmente. Finalmente, al tratarse de un estudio correlacional, no puede determinarse el grado en el que las conductas de los padres pueden estar influyendo en las de los hijos, únicamente se puede establecer la asociación entre las variables estudiadas. De igual forma, por ser transversal, la investigación no permite identificar el comportamiento de las variables con el paso del tiempo, como podría hacerse mediante un estudio longitudinal.

Retomando el Modelo de la Coerción de Patterson (1982), basado en sus estudios llevados a cabo principalmente con población infantil, podemos ubicar el origen de las conductas agresivas de los adolescentes que conformaron la muestra, en primer lugar, en las prácticas inadecuadas de los padres, como la imposición y el control psicológico, que enseñaron a los participantes a comportarse agresivamente a través del moldeamiento y modelado de conductas coercitivas. De esta manera, el sujeto aprendió (consciente o inconscientemente) que emitir estas conductas en su interacción con los otros le puede traer consecuencias deseables (e. g. acceso a objetos o actividades), o le permite evitar o escapar de consecuencias desagradables (e. g. regaños o castigos físicos).

Aunque los alcances del estudio no permiten determinar con certeza cuáles son específicamente las consecuencias que están manteniendo el comportamiento agresivo del participante, se asume, desde este modelo, que es el proceso de la coerción aquí descrito el

que llevó al aprendizaje y mantenimiento de dicho comportamiento. Los resultados permiten señalar que la Imposición y el Control Psicológico son dos de las prácticas que incrementarían la propensión del adolescente a emitir conductas agresivas, mientras que la Comunicación, el fomento de la Autonomía y el Control Conductual ejercidos por ambos padres disminuye la probabilidad de emisión de esas conductas por parte del adolescente. Posiblemente el adolescente aprendió que, por ejemplo, cuando su padre o su madre quieren obligarlo a adoptar una idea que él o ella tienen (imposición) o le hacen comentarios como “eres un inútil” (control psicológico), responder con una agresión (por ejemplo, gritando o golpeando un objeto) hace que esas conductas de sus padres cesen, lo cual reforzaría negativamente la agresión del menor, es decir, incrementarían la probabilidad de que recurriera a la agresión en situaciones similares en el futuro. Estas conductas, además, se generalizan a otros contextos, como el escolar, tal y como se señala desde el modelo descrito.

Por otra parte, y como se mencionó antes, no existe un consenso respecto a la definición de la agresión y de otros términos relacionados con ella, lo cual dificulta la comunicación referente a la investigación realizada sobre este tema, ya que dos investigadores podrían estar utilizando el mismo término para referirse a dos comportamientos distintos. Lo mismo ocurre al intentar clasificar a la agresión con base en sus características, situación que sigue siendo complicada y en la que aún hay aspectos por revisar. Por ejemplo, en la clasificación de la agresión con base en su motivación se habla de que la agresión proactiva o instrumental se da con el objetivo de obtener un reforzador o alcanzar una meta (Bushman y Anderson, 2001).

Sería importante revisar esta definición conceptual, ya que, desde la filosofía conductista radical, la conducta agresiva se estaría manteniendo porque está siendo reforzada en el individuo, independientemente de su topografía. Un adolescente tenderá a emitir comportamientos agresivos de forma constante (e. g. golpear, insultar, excluir a otras personas) en su interacción con su contexto siempre que ello sea seguido por un consecuente que refuerce esas conductas, ya sea de manera positiva o negativa: aceptación, bienes materiales (dinero, objetos), dominio sobre los otros, estatus, jerarquía, evitación de reprimendas o de actividades displacenteras, escape de situaciones aversivas, etc. De esta manera, todas las agresiones serían consideradas proactivas, ya que se buscaría alcanzar ese consecuente (refuerzo positivo o refuerzo negativo). La distinción que podría hacerse entre

agresión proactiva y reactiva es que, mientras que la primera suele ser seguida de un reforzamiento positivo, la agresión reactiva suele mantenerse por reforzamiento negativo: se emplea la agresión como una forma de evitar o escapar de un estímulo aversivo para el organismo.

Por otra parte, y siguiendo la línea conductista radical, emociones como el enojo y la ira no serían considerados mediadores o estímulos antecedentes que llevan a la respuesta agresiva, como sucede desde otras posturas teóricas; sino que se presentarían en el sujeto debido a eventos o estímulos externos y que, de esta manera, serían sensaciones fisiológicas que acompañarían a la respuesta agresiva que posiblemente sea emitida por el sujeto. Los pensamientos hostiles, por su parte, constituirían respuestas verbales encubiertas que también seguirían a estímulos o eventos que pudieran resultar aversivos para el sujeto, o ante la presencia de un estímulo discriminativo que se ha asociado con la posibilidad de la obtención de un reforzador. De esta manera, ni el componente emocional (ira) ni el cognitivo (hostilidad) representarían las causas de la conducta agresiva, sino que serían sensaciones fisiológicas y respuestas verbales encubiertas, respectivamente, que acompañarían a la misma.

En este estudio la ira se relacionó en mayor magnitud con la agresión física y verbal que la hostilidad, lo cual tiene sentido desde un punto de vista fisiológico, ya que la emoción que denominamos “ira” está integrada por reacciones físicas que preparan al organismo a atacar, tales como tensión muscular, incremento de la frecuencia cardíaca, aumento de los niveles de testosterona y reducción de los de cortisol. Skinner (1953) también concibe a las emociones como una predisposición del organismo a comportarse de cierta manera. En este caso, la ira o el enojo predispondrían al sujeto a emitir conductas agresivas, es decir, acciones que ocasionen un daño en otra persona o en un objeto, mismas que resultarían reforzadas en presencia de dichas emociones y, en consecuencia, estarían controladas por las mismas condiciones que controlan a las emociones antes mencionadas. En palabras del autor, al igual que la conducta de una persona hambrienta es reforzada por el alimento, el infligir daño sobre el otro es reforzante para la conducta del sujeto enojado.

A pesar de que la ira se correlaciona en mayor magnitud que la hostilidad con la conducta agresiva, los participantes arrojaron puntajes más altos en esta segunda variable que en la primera. Quizá, al tratarse de comportamientos verbales encubiertos, resulta más

TESIS TESIS TESIS TESIS TESIS

sencillo para el adolescente inhibir la emisión de una respuesta agresiva a pesar de presentar pensamientos hostiles hacia otro sujeto u objeto, que inhibir dicha respuesta cuando está experimentando la respuesta emocional catalogada como ira. Resultaría interesante ahondar en el estudio de estas variables para comprobar o rechazar esta hipótesis.

Se propone que, para futuras investigaciones, se considere el uso de metodologías distintas para la medición de las variables, como una metodología experimental empleando, por ejemplo, la observación directa de interacciones entre los adolescentes y sus padres y madres, permitiendo delimitar con mayor precisión qué conductas de los padres anteceden a la conducta agresiva en el adolescente y, además, qué comportamientos parentales pudieran estar manteniendo esas conductas en los adolescentes. Además, podría observarse si la conducta agresiva del adolescente se mantiene primordialmente por reforzamiento positivo (agresión proactiva) o por reforzamiento negativo (agresión reactiva). Cabe señalar que dicha metodología estaba contemplada en el desarrollo de esta investigación, sin embargo, debido a la pandemia por Covid-19, tuvo que descartarse.

Además de las prácticas empleadas por los padres, sería interesante ahondar en el estudio de la importancia que tiene la calidad de la relación del adolescente con su padre y madre, la cual, como ya se mencionó, puede ser un factor relevante en el adecuado ajuste psicosocial del menor. Así mismo, puede ser relevante el tomar en consideración otras variables que pueden guardar una mayor relación con la conducta agresiva del adolescente, como la influencia de sus pares, o variables individuales, como la empatía y el autocontrol, que, según algunos autores (Llorca et al., 2017), pueden ayudar a inhibir la conducta agresiva.

Conclusiones

En conclusión, se cumplió el objetivo al analizarse la relación entre cinco prácticas parentales y la conducta agresiva en adolescentes, obteniéndose resultados que concuerdan con los que se han presentado en otros estudios similares: las prácticas parentales de Comunicación, Autonomía y Control Conductual se asocian negativamente con la conducta agresiva en adolescentes. Por el contrario, las prácticas de Imposición y Control Psicológico presentan una relación positiva con el comportamiento agresivo en el adolescente (García et al., 2014; González et al., 2017; Gunn et al., 2019; Luk et al., 2016; Márquez et al., 2014; Morales et al., 2015; Palacios y Andrade-Palos, 2008; Varela et al., 2013).

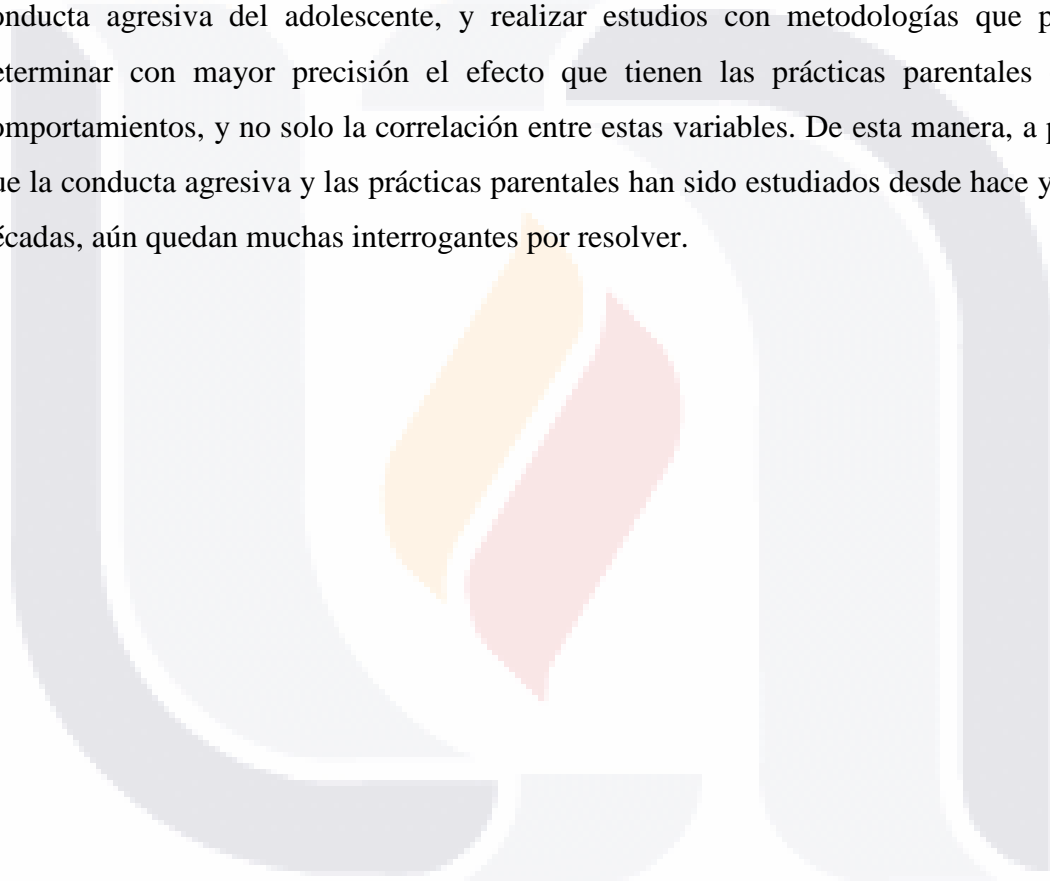
La investigación presenta limitantes, como las reservas que se deben tener al generalizar los resultados debido al tipo de muestra seleccionada y el hecho de que no es viable determinar qué variables están antecedendo y manteniendo la conducta agresiva emitida por los participantes por el tipo de metodología empleada. Sin embargo, los datos obtenidos permiten realizar aportaciones importantes a la investigación del comportamiento agresivo y las prácticas parentales.

La principal aportación radica en que el análisis de diversos conjuntos de prácticas parentales permitió identificar qué prácticas parentales de ambos padres (por separado y en conjunto) pudieran tener mayor relación con comportamientos agresivos en los adolescentes. Como se mencionó anteriormente, el estudiar el comportamiento paterno en la crianza desde las prácticas parentales permite detallar con mayor precisión cuáles de ellas se relacionan con la conducta agresiva y de qué manera lo hacen, que en el caso de los estilos de crianza (Carlo et al., 2007).

Además, se comprobó la relación que guarda el comportamiento agresivo del adolescente con una inconsistencia en las prácticas de sus padres y madres. Con base en estos resultados, es posible señalar que las prácticas de Imposición y Control Psicológico se asocian con un incremento en la propensión del adolescente a emitir agresiones aun cuando alguno de los padres emplee también prácticas positivas, como la Comunicación, la Autonomía y el Control Conductual, que fueron las retomadas en este trabajo, y que se vinculan con una disminución en el comportamiento agresivo del adolescente. Teniendo esto en cuenta, los programas de intervención y de entrenamiento para padres tendrían que centrarse no solo en promover el uso de prácticas positivas, sino en mantener al mínimo el

empleo de prácticas negativas, además de buscar maximizar las similitudes entre las prácticas de ambos padres.

La investigación también da pie a futuros estudios que podrían dar respuesta a interrogantes que aquí quedan sin resolverse. Puede profundizarse, por ejemplo, en el rol que juega el padre en el comportamiento agresivo del adolescente, o en los factores que llevan a que existan diferencias significativas entre hombres y mujeres respecto a este tipo de conductas. También sería interesante tomar en cuenta la influencia que tienen los pares en la conducta agresiva del adolescente, y realizar estudios con metodologías que permitan determinar con mayor precisión el efecto que tienen las prácticas parentales en esos comportamientos, y no solo la correlación entre estas variables. De esta manera, a pesar de que la conducta agresiva y las prácticas parentales han sido estudiados desde hace ya varias décadas, aún quedan muchas interrogantes por resolver.



Referencias

- Anderson, C. y Bushman, B. (2001). Effects of violent video games on aggressive behavior, aggressive cognition, aggressive affect, physiological arousal and prosocial behavior: A meta-analytic review of the scientific literature. *Psychological Science*, 12(5), 353-359.
- Andrade, P. y Betancourt, D. (2008). Prácticas parentales: una medición integral. En Rivera-Aragón, S., Díaz-Loving, R., Sánchez-Aragón, R. y Reyes-Lagunes, I. (2008). *La psicología social en México, XII*. México: AMEPSO, 561-565.
- Azrin, N., Hutchinson, R. y McLaughlin, R. (1965). The opportunity for aggression as an operant reinforce during aversive stimulation. *Journal of the Experimental Analysis of Behavior*, 8(5), 171-180. 10.1901/jeab.1965.8-171
- Bandura, A. (1975). Análisis del aprendizaje social de la agresión. En Bandura, A. y Ribes, E. (Eds.). *Modificación de conducta: Análisis de la agresión y la delincuencia*, p. 307-350. México: Trillas.
- Barber, B. (1996). Parental psychological control: revisiting a neglected construct. *Child Development*, 67(6), 3296-3319. <https://doi.org/10.1111/j.1467-8624.1996.tb01915.x>
- Barnes, G., Reifman, A., Farrell, M. y Dintcheff, B. (2000). The effects of parenting on the development of adolescent alcohol misuse: A six-wave latent growth model. *Journal of Marriage and the Family*, 62, 175-186. <http://dx.doi.org/10.1111/j.1741-3737.2000.00175.x>
- Baumrind, D. (1968). Authoritarian vs Authoritative Parental Control. *Adolescence*, 3(11), 255-272.
- Berkowitz, L. (1962). *Aggression: A social psychological analysis*. McGraw-Hill.
- Berkowitz, L. (1989). Frustration-aggression hypothesis: Examination and reformulation. *Psychological bulletin*, 106(1), 59-73.
- Berkowitz, L. (1990). On the formation and regulation of anger and aggression. *American Psychologist*, 45(4), 494-503.
- Betancourt, D. & Andrade, P. (2011). Control Parental y Problemas Emocionales y de Conducta en Adolescentes. *Revista Colombiana de Psicología*, 20(1), 27-41.

- Bosmans, G., Braet, C., Van Leeuwen, K. y Beyers, W. (2006). Do parenting behaviors predict externalizing behavior in adolescence, or is attachment the neglected 3rd factor? *Journal of Youth and Adolescence*, 35(3), 373-383. doi: 10.1007/s10964-005-9026-1
- Brooke, D. y Orpinas, P. (2019). Goals and strategies to solve peer conflict: Comparison by aggression trajectories. *Pensamiento Psicológico*, 17(2), 23-35. doi: 10.11144/Javerianacali.PPSII7-2.gssp
- Brugman, S., Cornet, L., Smeijers, D., Smeets, K., Oostermeijer, S., Buitelaar, J., ... Jansen, L. (2016). Examining the reactive proactive questionnaire in adults in forensic and non-forensic settings: A variable-and person-based approach. *Aggressive Behavior*, 43(2), 155-162. doi: <https://doi.org/10.1002/ab.21671>
- Bushman, B. J., y Anderson, C. A. (2001). Is it time to pull the plug on hostile versus instrumental aggression dichotomy? *Psychological Review*, 108(1), 273-279. doi:10.1037/0033-295x.108.1.273
- Buss, A. y Perry, M. (1992). The aggression questionnaire. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63(3), 452-459.
- Campos de Sousa, M. (2012). Promoção do empreendedorismo parental. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 4(1), 103-109. Doi: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349832337011>
- Carlo, G., McGinley, M., Hayes, R., Batenhorst, C. y Wilkinson, J. (2007). Parenting styles or practices? Parenting, sympathy and prosocial behaviors among adolescents. *The Journal of Genetic Psychology*, 168(2), 147-176. <https://doi.org/10.3200/GNTP.168.2.147-176>
- Carrasco, M. y González, J. (2006). Aspectos conceptuales de la agresión: definición y modelos explicativos. *Acción Psicológica*, 4(2), 7-38. doi: 10.5944/ap.4.2.478
- Carrillo, L., Juárez, F., González, C., Martínez, N. y Medina-Mora, M. (2016). Relación entre Supervisión Parental y Conducta Antisocial en Menores Infractores del Estado de Morelos. *Salud Mental*, 39(1), 11-17. doi: 10.17711
- Carroll, A., McCarthy, M., Houghton, S., Sanders, E. y Zadow, C. (2018) Reactive and proactive aggression as meaningful distinctions at the variable and person level in

primary school-aged children. *Aggressive Behavior*, 2018, 1-11. doi: 10.1002/ab.21763

Carter, A., Wagmiller, R., Gray, S., McCarthy, K., Horwitz, S. y Briggs-Gowan, M. (2010). Prevalence of DSM-IV disorder in a representative, healthy birth cohort at school entry: sociodemographic risks and social adaptation. *Journal of the American Academy of Child & Adolescent Psychiatry*, 49(7), 686-698. doi: 10.1016/j.jaac.2010.03.018

Cima, M., Raine, A., Meesters, C. y Popma, A. (2013). Validation of the dutch reactive proactive questionnaire (RPQ): differential correlates of reactive and proactive aggression from childhood to adulthood. *Aggressive Behavior*, 39(2), 99-113. doi: 10.1002/ab.21458.

Contini, N. (2015). Agresividad y habilidades sociales en la adolescencia. Una aproximación conceptual. *Psicodebate*, 15(2), 31-54.

Cutrín, O., Gómez, J. & Luengo, M. (2015). Peer-Group Mediation in the Relationship between Family and Juvenile Antisocial Behavior. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 7, 59-65.

Darling, N. y Steinberg, L. (1993). Parenting Style as Context: An Integrative Model. *Psychological Bulletin*, 113(3), 487-496.

De la Torre-Cruz, M., García-Linares, M. y Casanova-Arias, P. (2014). Relaciones entre estilos educativos parentales y agresividad en adolescentes. *Electronic Journal of Research in Educational Psychology*, 12(1), 147-170. doi: <http://dx.doi.org/10.14204/ejrep.32.13118>

DeGarmo, D. (2010). Coercive and Prosocial Fathering, Antisocial Personality and Growth in Children's Post-Divorce Noncompliance. *Child Development*, 81(2), 503-516. doi:10.1111/j.1467-8624.2009.01410.x.

Deutsch, A., Crocket, L., Wolff, J. y Russell, S. (2012). Parent and peer pathways to adolescent delinquency: variations by ethnicity and neighborhood context. *Journal of Youth and Adolescence*, 41, 1078-1094. doi: <https://doi.org/10.1007/s10964-012-9754-y>

- Dishion, T., French, D. y Patterson, G. (1995). The Development and Ecology of Antisocial Behavior. En D. Cicchetti y D. J. Cohen (Eds.), *Developmental psychopathology. Vol. 2: Risk, disorder, and adaptation* (pp. 421-471). New York: John Wiley & Sons.
- Dodge, K. y Coie, J. (1987). Social-information-processing factors in reactive and proactive aggression in children's peer groups. *Journal of Personality and Social Psychology*, 53(6), 1146-1158.
- Eron, L. (2002). Desarrollo del comportamiento antisocial desde la perspectiva del aprendizaje. En Stoff, D., Breiling, J. y Maser, J. (Eds.). *Conducta antisocial. Causas, evaluación y tratamiento. Vol.1*. Biblioteca de Psicología. Oxford University Press: México.
- Essau, C. y Hutchinson, D. (2008). Alcohol use, abuse and dependence. *Adolescent Addiction*, 61-115. <https://doi.org/10.1016/B978-012373625-3.50005-X>
- Fanning, J., Coleman, M., Lee, R. y Coccaro, E. (2019). Subtypes of aggression in intermittent explosive disorder. *Journal of Psychiatric Research*. <https://doi.org/10.1016/j.jpsychires.2018.10.013>
- Fite, P., Rubens, S., Preddy, T., Raine, A. y Pardini, D. (2013). Reactive/proactive aggression and the development of internalizing problems in males: the moderating effect of parent and peer relationships. *Aggressive Behavior*, 40, 69-78. <https://doi.org/10.1002/ab.21498>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia, UNICEF (2002). Adolescencia: Una Etapa Fundamental. http://www.unicef.org/ecuador/pub_adolescence_sp.pdf
- Forgatch, M. y Patterson, G. (2010). Parent Management Training-Oregon Model. An Intervention for Antisocial Behavior in Children and Adolescents. En J. R. Weisz y A. E. Kazdin (Eds.). *Evidence-Based Psychotherapies for Children and Adolescents (2nd Edition)*. New York: Guilford Press. Pp. 159-178.
- Franco, N., Pérez, M. y de Dios, M. (2014). Relación ente los Estilos de Crianza Parental y el Desarrollo de Ansiedad y Conductas Disruptivas en Niños de 3 a 6 Años. *Revista de Psicología Clínica con Niños y Adolescentes*, 1(2), 149-156.
- Fung, A. (2011). *Project C.A.R.E. children and adolescents at risk education*. Hong Kong, China: City University of Hong Kong, Department of Applied Social Studies.

- Fung, A. (2019). Adolescent reactive and proactive aggression and bullying in Hong Kong: Prevalence, psychosocial correlates and prevention. *Journal of Adolescence Health*, 64, S65-S72. <https://doi.org/10.1016/j.jadohealth.2018.09.018>
- Gallarín, M. y Alonso-Arbiol, I. (2012). Parenting practices, parental attachment and aggressiveness in adolescence: a predictive model. *Journal of Adolescence* 35, 1601-1610. <http://dx.doi.org/10.1016/j.adolescence.2012.07.002>
- Gámez, M., Orue, I., Calvete, E., Carrobbles, J., Muñoz, M. y Almendros, C. (2010). Propiedades Psicométricas de la Versión Española del Inventario de Dimensiones de Disciplina (DDI) en Universitarios. *Psicothema*, 22(1), 151-156.
- Garaigordobil, M. y Maganto, C. (2016). Conducta antisocial en adolescentes y jóvenes: prevalencia en el País Vasco y diferencias en función de variables socio-demográficas. *Acción Psicológica*, 13(2), 57-68. <https://doi.org/10.5944/ap.13.2.17826>
- García, M., García, A. y Casanova, P. (2014). Prácticas Educativas Paternas que Predicen la Agresividad Evaluada por Distintos Informantes. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 46(3), 198-210.
- García, M., Rivera, S. y Reyes, I. (2014). La percepción de los padres sobre la crianza de los hijos. *Acta Colombiana de Psicología*, 17(2), 133-141.
- Geisner, I., Trager, B., Hultgren, B., Larimer, M., Mallett, K. y Turrissi, R. (2018). Examining parental monitoring as a moderator of the relationship between depressed mood and alcohol use and problems. *Addictive Behaviors*, 81, 117-124. <https://doi.org/10.1016/j.addbeh.2018.02.011>
- Gómez-Ortiz, O., Del Rey, R., Casas, J. y Ortega-Ruiz, R. (2014). Parenting styles and bullying involvement. *Cultura y Educación*, 26(1), 132-158. doi: <http://dx.doi.org/10.1080/11356405.2014.908665>
- Gómez-Ortiz, O., Del Rey, R., Romera, E. y Ortega-Ruiz, R. (2015). Los estilos educativos paternos y maternos en la adolescencia y su relación con la resiliencia, el apego y la implicación en acoso escolar. *Anales de Psicología*, 31(3), 979-989. doi: <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.3.180791>

- González, C., Guevara, Y., Jiménez, D. y Alcázar, R. (2017). Relación entre Prácticas Parentales y el Nivel de Asertividad, Agresividad y Rendimiento Académico en Adolescentes. *European Scientific Journal*, 13, 37-54. 10.19044/esj.2017.v13n20p37
- González, T. (2013). La Relación de las Conductas Antisociales con los Estilos de Parentalidad y las Expectativas Escolares de Estudiantes de Ciudad de México. Tesis de Licenciatura. Universidad Nacional Autónoma de México: México.
- Gunn, H., O'Rourke, F., Dahl, R., Goldstein, T., Rofey, D., Forbes, E. y Shaw, D. (2019). Young adolescent sleep is associated with parental monitoring. *Sleep Health*, 5, 58-63. <https://doi.org/10.1016/j.sleh.2018.09.001>
- Huesmann, L., Eron, L., Lefkowitz, M. y Walder, L. (1984). Stability of aggression over time and generations. *Developmental Psychology*, 20(6), 1120-1134. <https://doi.org/10.1037/0012-1649.20.6.1120>
- Ibabe, I. (2015). Predictores familiares de la violencia filio-parental: el papel de la disciplina familiar. *Anales de Psicología* 31(2), 615-625. <http://dx.doi.org/10.6018/analesps.31.2.174701>
- Institute for Economics and Peace. (2018) Índice de paz México. Evolución y perspectiva de los factores que hacen posible la paz. <http://indicedepazmexico.org/wp-content/uploads/2018/04/Indice-de-Paz-Mexico-2018.pdf>
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2016). En Números, Documentos de Análisis y Estadísticas. 1(5).
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (2018). Encuesta nacional de victimización y percepción sobre seguridad pública (ENVIPE). Principales resultados. https://www.inegi.org.mx/contenidos/programas/envipe/2018/doc/envipe2018_presentacion_nacional.pdf
- Janssens, A., Goossens, L., Van den Noortgate, W., Colpin, H., Verschueren, K. y Van Leeuwen, K. (2015). Parents' and adolescents' perspectives on parenting: evaluating conceptual structure, measurement invariance and criterion validity. *Assessment*, 22(4), 473-489. DOI: 10.1177/1073191114550477
- Jiménez-Barbero, J., Ruiz-Hernández, J., Velandrino-Nicolás, A. y Llor-Zaragoza, L. (2016). Actitudes hacia la violencia, impulsividad, estilos parentales y conducta externalizada en adolescentes: comparación entre una muestra de población general y una muestra

clínica. *Anales de Psicología*, 32(1), 132-138.

<https://doi.org/10.6018/analesps.32.1.195091>

- Kiesner, J., Poulin, F. y Dishion, T. (2010). Adolescent substance use with Friends: Moderating and mediating effects of parental monitoring and peer activity contexts. *Merrill-Palmer Quarterly*, 56(4), 529-556. <https://doi.org/10.1353/mpq.2010.0002>
- Krygsman, A. y Vaillancourt, T. (2019). Peer victimization, aggression and depression symptoms in preschoolers. *Early childhood research quarterly*, 47, 62-73. DOI: <https://doi.org/10.1016/j.ecresq.2018.09.006>
- Laird, R., Marrero, M. y Sentse, M. (2010). Revisiting parental monitoring: evidence that parental solicitation can be effective when needed most. *Journal Youth Adolescence*, 39, 1431-1441. [10.1007/s10964-009-9453-5](https://doi.org/10.1007/s10964-009-9453-5)
- Lansford, J., Laird, R., Pettit, G., Bates, J. y Dodge, K. (2013). Mothers' and fathers' autonomy-relevant parenting: longitudinal links with adolescents externalizing and internalizing behavior. *Journal of Youth and Adolescence*, 43(11), 1877-1889. <https://doi.org/10.1007/s10964-013-0079-2>
- Llorca-Mestre, A., Malonda-Vidal, E. y Samper-García, P. (2017). Prosocial reasoning and emotions in young offenders and non-offenders. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*. <http://dx.doi.org/10.1016/j.ejpal.2017.01.001>
- Locke, L. y Prinz, R. (2002). Measurement of parental discipline and nurturance. *Clinical Psychology Review*, 22, 895-929.
- Lorenz, K. (1986). *Sobre la agresión: el pretendido mal*. Siglo veintiuno editores.
- Luk, J., Patock-Peckham, J., Medina, M., Terrell, N., Belton, D. y King, K. (2016). Bullying perpetration and victimization as externalizing and internalizing pathways: a retrospective study linking parenting styles and self-esteem to depression, alcohol use and alcohol-related problems. *Substance use & Misuse*, 51(1), 113-125. <https://doi.org/10.3109/10826084.2015.1090453>
- Márquez, C., Villarreal, L., Verdugo, J. y Montes, R. (2014). Control Psicológico Parental y Violencia Escolar entre Adolescentes en una Muestra Mexicana. *International Journal of Developmental and Educational Psychology*, 1(2), 257-262. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=349833719006>

- Martínez, B., Murgui, S., Musitu, G. y Monreal, M. (2008). El Rol del Apoyo Parental, las Actitudes hacia la Escuela y la Autoestima en la Violencia Escolar en Adolescentes. *International Journal of Clinical and Health Psychology*, 8(3), 679-692.
- Martínez-Ferrer, B., Musitu-Ochoa, G., Amador-Muñoz, L. y Monreal-Gimeno, M. (2012). Estatus sociométrico y violencia escolar en adolescentes: implicaciones de la autoestima, la familia y la escuela. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 44(2), 55-56.
- Medlow, S., Klineberg, E., Jarrett, C. y Steinbeck, K. (2016). A systematic review of community-based parenting interventions for adolescents with challenging behaviours. *Journal of Adolescence*, 52, 60-71. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2016.07.003>
- Medrano, L., Franco, P., Flores-Kanter, P. y Mustaca, A. (2019). Intolerancia a la frustración y estrategias cognitivas de regulación emocional en la predicción de la agresividad. *Revista Suma Psicológica*, 26(1), 19-27. <http://dx.doi.org/10.14349/sumapsi.2019.v26.n1.3>
- Méndez, M., Andrade, P. & Peñalosa, R. (2013). Prácticas Parentales y Capacidades y Dificultades en Preadolescentes. *Revista Intercontinental de Psicología y Educación*, 15(1), 99-118. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=80225697007>
- Mestre, M., Tur, A., Samper, P., Nácher, M. & Cortés, M. (2007). Estilos de Crianza en la Adolescencia y su Relación con el Comportamiento Prosocial. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 39(2), 211-225.
- Miller, J. y Lynam, D. (2006). Reactive and proactive aggression: similarities and differences. *Personality and Individual Differences*, 41(8), 1469-1480. <https://doi.org/10.1016/j.paid.2006.06.004>
- Miller, N. (1941). The Frustration-aggression hypothesis. *Psychological Review*, 48(4), 337-342. doi: 1037/h0055861
- Morales, S., Félix, V., Rosas, M., López, F. & Nieto, J. (2015). Prácticas de Crianza Asociadas al Comportamiento Negativista Desafiante y de Agresión Infantil. *Avances en Psicología Latinoamericana*, 33(1), 57-76. dx.doi.org/10.12804/apl33.01.2015.05
- Moreno, A. (2015). *La adolescencia*. Editorial UOC: Barcelona.

- Ordóñez, J. (2011). Apoyo Parental y Conducta Violenta en Estudiantes Universitarios. *Revista CENIPEC, 30*, 207-236.
- Organización Mundial de la Salud (2014). Informe sobre la situación mundial de la prevención de la violencia 2014. Resumen de orientación. https://www.who.int/violence_injury_prevention/violence/status_report/2014/es/
- Organización Mundial de la Salud (2020). Violencia juvenil. <https://www.who.int/es/news-room/fact-sheets/detail/youth-violence>
- Oudhof, H., Rodríguez, B. y Robles, É. (2012). La percepción de la crianza en padres, madres e hijos adolescentes pertenecientes al mismo núcleo familiar. *Liberabit. Revista de Psicología, 18*(1), 75-81.
- Palacios, J. y Andrade, P. (2008). Influencia de las Prácticas Parentales en las Conductas Problema en Adolescentes. *Investigación Universitaria Multidisciplinaria, (7)*, 7-18.
- Pastorelli, C., Barbaranelli, C., Cermak, I., Rozsa, S. y Caprara, G. (1997). Measuring emotional instability, prosocial behavior and aggression in pre-adolescents: a cross-national study. *Personal and individual differences, 23*(4), 691-703.
- Patterson, G. (1982). *A Social Learning Approach: Vol. 3. Coercive Family Process*. Eugene, OR: Castalia.
- Patterson, G. (2002). Etiology and Treatment of Child and Adolescent Antisocial Behavior. *The Behavior Analyst Today, 3*(2), 133-144.
- Patterson, G. (2016). Coercion theory: The study of change. En Dishion, T. y Snyder, J. (Eds.) (2016). *The Oxford handbook of coercive relationship dynamics*. Oxford University Press.
- Patterson, G., Reid, J. & Dishion, T. (1992). *Antisocial Boys*. Eugene, OR: Castalia.
- Plascencia, M. (2009). Hablar, no Golpear. Razonamiento Infantil sobre Disciplina Parental. *Revista Mexicana de Investigación Educativa, 14*(43), 1103-1127. Recuperado de <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=14011808006>
- Rajyaguru, P., Moran, P., Cordero, M. y Pearson, R. (2019). Disciplinary parenting practice and child mental health: evidence from the UK Millennium Cohort study. *Journal of the American Academy of Child and Adolescent Psychiatry, 58*(1), 108-116. <https://doi.org/10.1016/j.jaac.2018.06.033>

- Rekker, R., Keijsers, L., Branje, S., Koot, H. y Meeus, W. (2017). The interplay of parental monitoring and socioeconomic status in predicting minor delinquency between and within adolescents. *Journal of Adolescence*, 59, 155-165. <https://doi.org/10.1016/j.adolescence.2017.06.001>
- Renfrew, J. (2001). *La agresión y sus causas*. Trillas.
- Rivera, R. y Cahuana, M. (2016). Influencia de la Familia sobre las Conductas Antisociales en Adolescentes de Arequipa, Perú. *Actualidades en Psicología*, 30(120), 85-97. <http://dx.doi.org/10.15517/ap.v30i120.18814>
- Ruiz, J., Moral, E., Llor, B. y Jiménez, J. (2019). Influence of parental styles and other psychosocial variables on the development of externalizing behaviors in adolescents: a systematic review. *The European Journal of Psychology Applied to Legal Context*, 11(1), 9-21.
- Ruvalcaba, N., Gallegos, J., Caballo, V. & Villegas, D. (2016). Prácticas Parentales e Indicadores de Salud Mental en Adolescentes. *Psicología desde el Caribe*, 33(3), 223-236. ISSN (online) 2011-7485
- Sabeh, E., Caballero, V. y Contini, N. (2017). Comportamiento agresivo en niños y adolescentes: una perspectiva desde el ciclo vital. Cuadernos Universitarios. *Publicaciones Académicas de la Universidad Católica de Salta, Argentina*, (10), 77-95.
- Sanabria, A. y Uribe, A. (2009). Conductas antisociales y delictivas en adolescentes infractores y no infractores. *Pensamiento Psicológico* (6), 13, 203-217.
- Secretaría de Salud. (2006). Informe Nacional sobre Violencia y Salud. México, DF: SSA; 2006.
- Segura-Celis, H., Vallejo, A., Osorno, J., Rojas, R. y Reyes, S. (2011). La Escala de Prácticas Parentales de Andrade y Betancourt en Adolescentes Veracruzanos. *Revista de Educación y Desarrollo*, 18, 67-73.
- Skinner, B. F. (1953). *Science and human behavior*. The Free Press.
- Snyder, J. y Dishion, T. (2016). Introduction: Coercive social processes. En Dishion, T. y Snyder, J. (2016). (Eds.) (2016). *The Oxford handbook of coercive relationship dynamics*. Oxford University Press.

- Spielberger, C., Krasner, S. y Solomon, E. (1988). The experience, expression and control of anger. *Individual Differences, Stress and Health Psychology*, 89-108. https://doi.org/10.1007/978-1-4612-3824-9_5
- Stattin, H. y Kerr, M. (2000). Parental monitoring: A reinterpretation. *Child Development*, 71(4), 1072-1085. <https://doi.org/10.1111/1467-8624.00210>
- Tremblay, R. (2000). The development of aggressive behaviour during childhood: What have we learned in the past century? *International Journal of Behavioral Development*, 24(2), 129-141. <http://www.tandf.co.uk/journals/pp/01650254.html>
- Ulrich, R. y Craine, W. (1964). Behavior: Persistence of shock-induced aggression. *Science*, 143(3609), 971-973. [10.1126/science.143.3609.971](https://doi.org/10.1126/science.143.3609.971)
- Varela, R., Ávila, M. y Martínez, B. (2013). Violencia escolar: un análisis desde los diferentes contextos de interacción. *Psychosocial Intervention* 22, 25-32. <https://doi.org/10.5093/in2013a4>
- Vigil-Colet, A., Lorenzo-Seva, U., Codorniu-Raga, M. y Morales, F. (2005). Factor structure of the Buss-Perry aggression questionnaire in different samples and languages. *Aggressive Behavior*, 31, 601-608. [10.1002/ab.20097](https://doi.org/10.1002/ab.20097)
- Wertz, J., Nottingham, K., Agnew, J., Matthews, T., Pariante, C., Moffitt, T. y Arseneault, L. (2016). Parental monitoring and knowledge: Testing bidirectional associations with youth's antisocial behavior. *Development and Psychopathology*, 28, 623-638. [10.1017/S0954579416000213](https://doi.org/10.1017/S0954579416000213)
- Wong, D. (2004). School bullying and tackling strategies in Hong Kong. *International Journal of Offender Therapy and Comparative Criminology*, 48(5), 537-553. <https://doi.org/10.1177/0306624X04263887>